

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1914

Núm. 1.719

BARCELONA. SALÓN PARÉS



EL BILLETE, cuadro de Juan Cardona

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Narciso Martí Cabot*. — *Mi prima Ovidio*, por Federico Trujillo. — *Salón París. Cuadros de Cardona y Baixeras*. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Novedades teatrales*. — *Una «charla» en el Círculo de Bellas Artes*. — *Las tristezas de la guerra*.

Grabados. — *El billete; El beso*, cuadros de Juan Cardona. — *Narciso Martí Cabot*. — Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *Mi prima Ovidio*. — *Segadores; Lobos de mar*, cuadros de Dionisio Baixeras. — *La guerra europea. En Egipto. En Portugal*. — *Teatro de la guerra oriental. En la Prusia oriental*. — *Por los muertos y por los vivos*, dibujo de Mas y Fondevila. — *Sellos de la Cruz Roja y de la Caridad*. — *El servicio de correos en una población francesa ocupada por los alemanes*. — *Madrid. «Las flores de Aragón»*. — *Una «charla» en el Círculo de Bellas Artes*. — *Una escena de «El buen español»*. — *Las tristezas de la guerra*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al llegar a Madrid, la primer pregunta versa sobre la animación o desanimación de la capital. ¿Se zaran-dea mucha gente por la calle? ¿Esa gente se divierte, tiene ganas de jaleo, de teatro, de cine, de las infinitas maneras que existen para matar al inmortal tiempo?

Un dato personal, es que, habiendo yo querido transferir la mitad de un abono en un teatro caro que me resultaba demasiado frecuente, hubo casi peleas, y una buena prima para el servidor encargado de la transferencia, lo cual parece indicar que no faltan humor y gana de lucirse, y, además, dinero. Sin embargo, se oye repetir que una angustia vaga cunde y abrumba a todos, según la guerra se prolonga. Existe malestar económico, no diré apremiante, suficiente, sin embargo, para que nadie se atreva a sacar fuera de la manta el pie.

En cambio, cuentan que la industria catalana sube como la espuma merced a la hora difícil porque Francia atraviesa. Parece que el pedido de sábanas y mantas es formidable, y no se le ha puesto límite.

Cataluña enviará cuanto pueda fabricar, y cuanto más, mejor. Ojalá con todos los artículos que España produce sucediese lo propio. Era ésta, por cierto, pintiparada ocasión para un país activo, que se encontrase preparado a sacar de su neutralidad partido y lucro. No hay ni leve indicio de que la paz se acerque, y ya se cuenta por años el plazo de su probable advenimiento. ¿Si España quisiese!

Pero *querer* ¿no es acaso el mayor esfuerzo? Se hacen mil cosas por voluntad ajena... y sólo nos valen las que hacemos por la propia.

Suponen los imparciales, que las probabilidades de triunfo son de Alemania. Lo escribo con temor y reparo, porque van a chillar los que me tienen por germanófila; verdad que, si dijese lo contrario, chillarían los que por francófila me diputan. Es inútil que repita que no soy *flonada*; que, en esta espantosa pugna, he mantenido el equilibrio de un espíritu sereno, de un alma enamorada de la historia.

La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo e imprevisto de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamenté (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanonista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencen de que soy la persona más independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta. En lo referente a esta guerra me pasa lo mismo.

Tengo motivos de gratitud para Alemania y para Francia; en todas partes me han traducido, me han consagrado elogios que no merezco, con prodigalidad; en Francia me han recibido más que bien, y en Alemania me han invitado a infinitas solemnidades, a las cuales no me fué posible asistir, pero en las cuales hubiese encontrado honorífica acogida. Francia es para mí, con todo eso, algo especial, de mayor cariño e intimidad que Alemania. Mi cultura, en sus orígenes, fué francesa; hablé y escribí y leí el francés creo que tan pronto como el castellano. Además, he viajado por Francia y Bélgica más que por el Imperio germánico, y hay otra razón para que mi piedad vaya hacia ellas: los hermosos monumentos destruidos, arrasados por el cañón. Alemania, por ahora, no ha sufrido estas mutilaciones. Si consulto a mi corazón, hallo que está por Francia, y es a Francia a quien deseo paz y prosperidad y gloria.

Los ingleses me interesan tanto como les intereso yo a ellos..., y es bastante. Inglaterra, a decir verdad, no me preocupa. ¡Nos ha hecho tanto daño! Rusia, ¡psch! ¡Está tan lejos, es tan enorme!

Y en esta contienda ha terciado sin ilusión, por

compromiso, por cuestiones de empréstitos y de fondos. Bélgica sí que me duele infinito. País más mono, más cuidado, más intensamente civilizado, no existió. Es horrible que lo hayan despachurado así, como se despachurra un bello fruto, como se pisotea una fina flor. Estoy inconsolable. Por mucho que se repita que esto fué fatalidad histórica, consecuencia forzosa de otra fatalidad topográfica, habrá que lamentar siempre, plañir como sobre las ruinas de Palmira o de Nicosia.

Pero, ¿qué tiene que ver con mis sentimientos de simpatía y de conmiseración la opinión que forme acerca del probable resultado de la guerra? Si creo que les va bien a los alemanes, y hasta afirmo que son asombrosos por el vigor, la resolución, la previsión y la energía singularísimos de ese pueblo y de esa raza, que quiere extenderse y ocupar un puesto preferentísimo en el mundo, ¿mentiré? Pues el que reconoce estas verdades que saltan a los ojos, afiliado queda en el acto. ¿Qué hacer?

Me resigno a recibir por correo una serie de cartas y artículos enojados, y, en el mismo cajón, guardo los que me acusan de ingrata con Francia y los que me ponen de vuelta y media porque he calificado de vandalismo la destrucción de la Catedral de Reims...

Como decíamos, Madrid está más bien alegre y, sobre todo, rebosante de gentío. Las patatas y los huevos — dicen tristemente las amas de casa — por las nubes (es la clásica frase). ¿Por qué han encarecido tanto estos artículos? Es evidente que se exportan. Bueno que se exporten, y aun habríamos de resignarnos a pagarlos a un precio subido; pero si los huevos y las patatas están autorizados para salir, no entiendo por qué no ha de gozar de igual inmunidad el trigo. Dijérase que lo único que comen los pobres es pan, cuando tan rigurosamente se procura que no encarezca ni salga de España el grano.

Y el caso es que, si por un lado el trigo conviene barato a muchos pobres, por otro hay pobres a los cuales les sería ventajoso que se cotizase más alto.

Los productores de trigo, por lo menos en mi país, son en su mayor parte aldeanos, y el trigo que cultivan un gran recurso para ellos, para pagar la renta, para ahorrar unos duros con que mercar la pareja de bueyes o la vaca.

Los años de precios inferiores baja también la bolsa ya escualida del labriego. Y tiene el grano y especialmente el trigo esta particularidad: no puede subir sin que suba el griterío.

Lo escribo sin pasión, aunque soy también algo triguero... Lo escribo hasta glacialmente, en una habitación donde la estufa de gas, como burlándose de mí, permanece desviada de la pared y sin tubo de goma, apagada por consecuencia. El conseguir en Madrid que os atiendan los que monopolizan el suministro de lo más necesario para la vida, sobre todo a principios de estación, es ardua empresa. Un aviso a la fábrica del Gas (que por cierto acaba de sufrir un siniestro, una explosión peligrosa), es obra de romanos. Avisáis el lunes de una semana y acuden el martes de otra. Generalmente, la primera vez no vienen a hacer nada, sino a mirar, a contemplar, desdeñosos, lo que habrá que hacer al otro día.

Sucede que se echa de menos el arcaico brasero de nuestros padres, de nuestros abuelos si se quiere... Y ¡qué diré de la gran chimenea feudal, mucho más-antigua y, por tanto, muy preferible! La hemos restaurado, en el campo, donde los árboles ofrecen generosamente sus ramas, los sarmientos de la vid su delgada leñilla crepitante, las piñas de pino marítimo su resina embalsamada, y los eucaliptos su aromático follaje.

Una de las grandes ventajas de este modo de combatir el frío es que no se han menester, ya construída la chimenea, operarios, tuberías, calderas ni ninguna cosa más que la leña restallante, cuya llama entretiene la vista, siendo de esos espectáculos que nunca cansan, por lo mismo que son iguales siempre, como el mar, las fontanas, los prados eternamente verdes y los bosques invariablemente profundos y rumorosos.

Nunca veo alzarse la llama en las chimeneas de piedra sin sentir en mí una impresión muy frecuente: la de algo ancestral, la vida, confusa y borrada por el olvido, de las generaciones que nos precedieron, allá en la remota noche de las edades prehistóricas. El más sublime de los dramas que inspiró la Melpómene griega, el *Prometeo* de Esquilo, nos da, en símbolo expresivo, la representación de lo que pudo ser para la humanidad la conquista del fuego, que no conocía. Estado más triste, más bestial, no cabe.

Sin el fuego, la sangrienta ración de carne cruda era el alimento de los infelices errantes por estepas

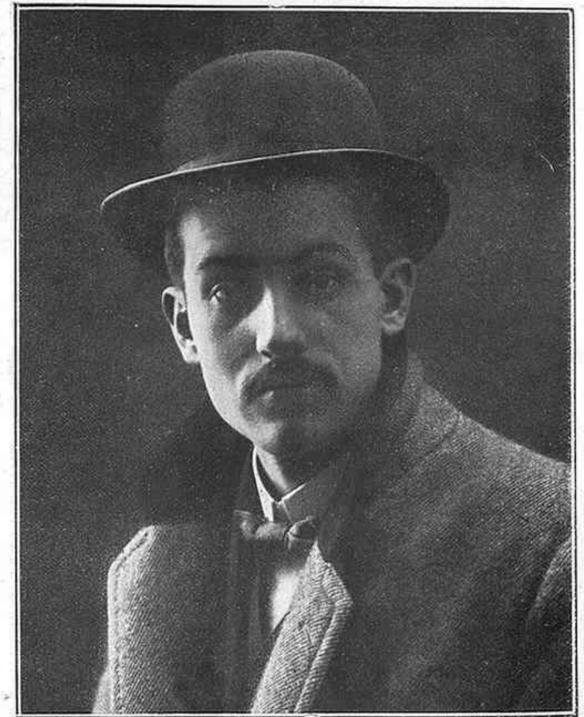
y paraderos, siguiendo, para guiarse, la corriente de los ríos y la marcha de las estrellas. Sin el fuego, sus cuerpos desnudos estaban atarecidos de frío; y tiritarian, arrimándose los unos a los otros, como trémulo rebaño que se apretuja para no sufrir.

Y cuando vino el fuego reparador, nació la familia. Porque antes, la misma promiscuidad del rebaño era la ley de la horda humana. Apenas cada cual pudo encender su lumbre, el hogar nació; porque la mujer y el hombre que se preferían, y cuya unión había producido otros seres, en virtud de natural instinto se arrimaron con ellos a la fogata encendida por sus manos con el combustible traído del monte, y no permitieron que nadie compartiese con ellos aquel rincón de su bienestar y de sus nuevas ternuras. El fuego creó el amor, creó la intimidad, creó la célula humana.

Y he aquí lo que reveo, como si volviesen a mi conciencia dormida las antiguas sensaciones, cuando las lenguas rojas de la lumbre suben a acariciar la pared de granito y se deshacen y rehacen incesantemente, como tejido de rubies que se contrae y se despliega... Y pienso en los millones de hombres que, cogidos por el engranaje implacable de la guerra, a estas horas vuelven a padecer el desabrigo y a dar diente con diente, lo mismo que los primitivos en sus sombrías cuevas, en las tinieblas de las lejanas edades.

En vano, oh Titán amigo de los hombres, robaste al Saturnio su rayo y te dejaste desgarrar las entrañas por el buitre carnívoro. Es el buitre quien triunfa. Y el festín del buitre es el más opíparo de cuantos se servirán este año y el venidero. Buitres, cuervos y grajos están de fiesta. No me la he echado nunca de pacifista; pero vamos, que ahora...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Narciso Martí Cabot, notable dibujante, colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fallecido en Barcelona el 1.º de los corrientes. (De fotografía.)

Con profundo pesar hemos de dar cuenta del fallecimiento de este distinguido artista, con cuya colaboración se honraba nuestro periódico.

Martí Cabot, nieto del que fué ilustre pintor catalán don Ramón Martí y Alsina, ha muerto muy joven; pero su talento, su estudio y su laboriosidad le habían conquistado ya un nombre y le prometían un brillante porvenir.

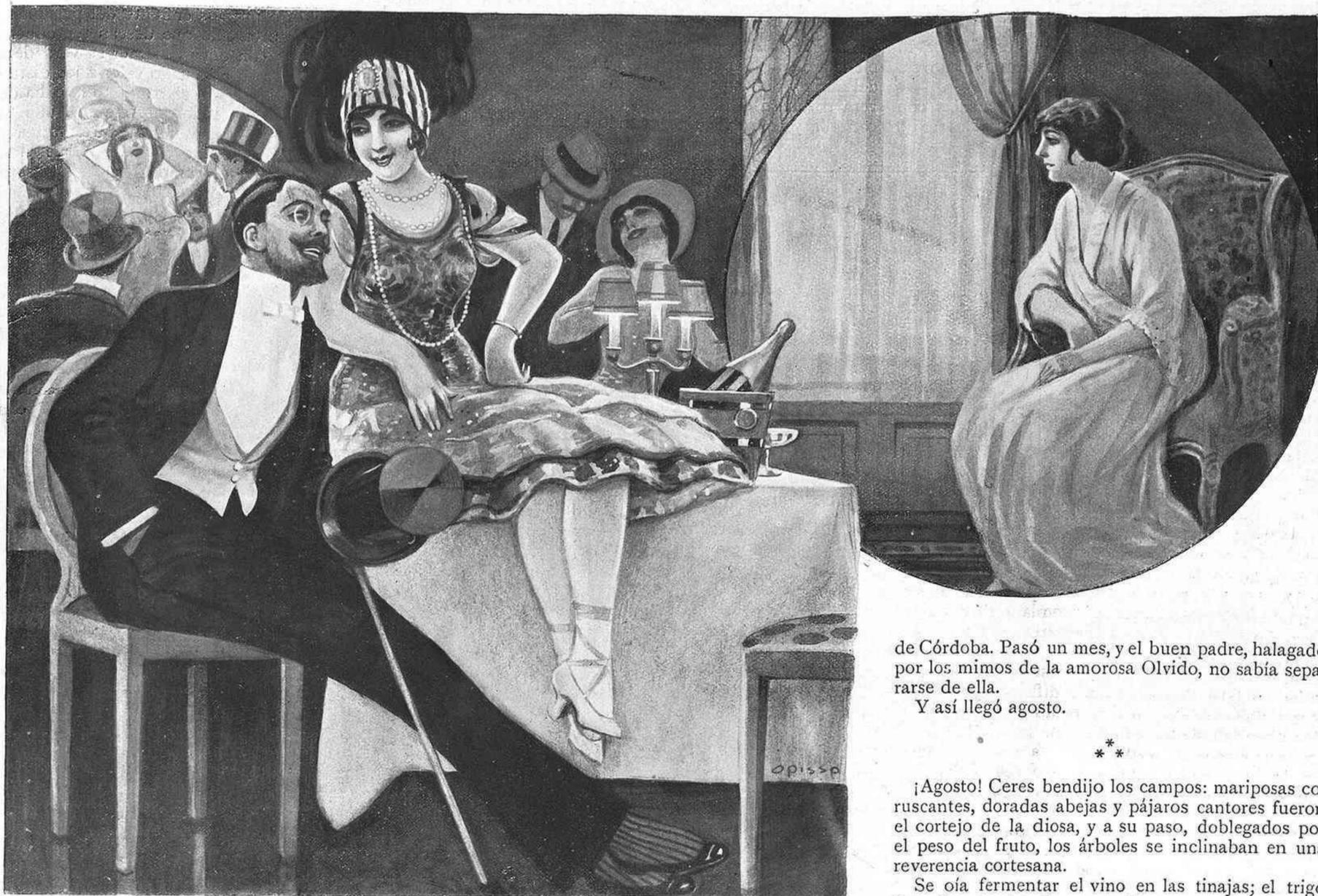
Dotado de felices disposiciones para el arte, consagróse a éste con devoción verdadera y sin que nunca los éxitos perturbaran su extrema modestia, trabajó cada vez con más ahínco y con más entusiasmo, buscando siempre una mayor perfección.

De la bondad de sus dibujos, concienzudamente compuestos y de una ejecución irreprochablemente correcta, quedan pruebas evidentes en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Al rendir hoy este pequeño, pero sincero homenaje al malogrado artista, enviamos a su distinguida familia nuestro más sentido pésame.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

MI PRIMA OLVIDO, POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Opisso



Carlos amaba a una chiquilla llamada Gloria, cupletista de alto rango

Apenas nació mi prima Olvido, su madre, hermana de la mía, dióla un beso intenso, de muerte, con sus labios exangües, y cerró los ojos para no volverlos a abrir más. Quedó la niña sola, sin más calor que el de su padre, confiada a manos ajenas. Entre mil contratiempos y peripecias pasó el cuidado de la crianza. Cuando hubo cumplido los ocho años, encerráronla en un colegio conventual. D. Ricardo, el padre, era un hombre bonachón, que amaba entrañablemente a su malaventurada hija Olvido; pero dedicado a sus negocios de banca y graves operaciones bursátiles, visitaba pocas veces a la niña.

Nada escaseaba a la *niña* para el goce y satisfacción corporales: juguetes, dulces y buenos vestidos; no así a su espíritu, que hallábase vacío de todo amor.

«La niña — escribía la superiora al excelente don Ricardo — es muy buena, pero algo tristonera y meditabunda. No gusta de jugar con sus compañeras y muchas veces la encuentran llorando a solas en el jardín. Ella no sabe la causa de esta melancolía. Yo creo que es un desorden nervioso, algo de anemia. El médico ha recetado un reconstituyente. Su inteligencia, en cambio, se desarrolla de un modo pasmoso, y es la primera en todas las clases. Gústale mucho la lectura y sabe de memoria las historias de mártires y santos, y páginas enteras de la *Vida de Jesús* y del *Fabiola*, que recita muy bien, en los ratos de ocio.»

El padre leía y releía con emoción estas cartas piadosas, llenas de amor y maternal ternura. En lo que sor Josefa de la Trinidad decía en sus epístolas no había un ápice de exageración. Olvido hallábase poseída de una honda tristeza. Y no era que se encontrase mal en aquel retiro. Amaba el colegio conventual con su jardín diminuto y perfumado. Encantábanle sus fiestas piadosas y poéticas, siendo la de su mayor devoción aquella de la Virgen de Mayo, en que el altar resplandecía como un ascua, las colegialas llevaban sus trajes azules y nuevos, y en la capilla y el jardín flotaba un embriagador aroma de acacias florecidas. Y a falta de madre, como a madres quería Olvido a las monjitas, siempre plácidas

y risueñas, que tenían mejillas de lirio y manos blancas cual las azucenas del altar de la Virgen y, bajo la nieve de las tocas, el rostro como bañado de una luz divina.

Algunas tardes, en las horas de asueto, jugaba al corro con sus compañeras.

Las voces infantiles rimaban en la quietud mística del colegio un canto profano. En los juegos de fuerza y valor no tomaba parte. Era muy débil y se cansaba en seguida. Faltábale el contento, el loco alborozo de sus condiscípulas, siempre revoltosas y alegres. Entonces, en un rincón apartado del jardín, rompía a llorar, sin saber por qué. Esto fué causa de que una colegiala, desenvuelta y burlona, diera en la gracia de llamarla madama Suspiros, y a pesar de las reconvenciones de las monjas, Suspiros fué desde entonces el remoquete de la chiquilla.

Olvido cumplió los quince años. Hizose una mujercita endeble, delicada. No era fea, pero su belleza, humilde y vulgar, no tenía ese poder incitante que atrae a los hombres. Su carita morena; su cabello liso, partido en dos bandas; sus ojos místicos y luminosos; su cuerpo, de formas angulosas todavía, hacíanla aparecer, por su excesiva sencillez, como una damita insignificante. Con un poco más de malignidad en los ojos, de coquetería en los labios, de viveza en los movimientos, hubiera sido una muñeca adorable. Pero mi prima Olvido había nacido para ser una de las muchas mujercitas caseras, que viven con el solo fin de hacer la felicidad de un hombre egoísta y despótico.

Ya en la pubertad su pena fué más tranquila. Pasábase horas y horas en lecturas piadosas o empeñada en primorosas labores, como las princesitas medioevales que marchitaban la flor de su juventud encerradas en un castillo, leyendo o hilando el copo.

Al año siguiente, llegado que fué el verano, Olvido recibió la visita mensual de su padre, que deseaba llevarla en su compañía.

Era necesario que mi prima Olvido se fuera acostumbrando a vivir en el siglo, para hacer su presentación en los salones de la buena sociedad. Y don Ricardo trasladó a su hija a un cortijo de la serranía

de Córdoba. Pasó un mes, y el buen padre, halagado por los mimos de la amorosa Olvido, no sabía separarse de ella.

Y así llegó agosto.

* * *

¡Agosto! Ceres bendijo los campos: mariposas coruscantes, doradas abejas y pájaros cantores fueron el cortejo de la diosa, y a su paso, doblegados por el peso del fruto, los árboles se inclinaban en una reverencia cortesana.

Se oía fermentar el vino en las tinajas; el trigo formaba montes de oro en las eras, con sus rubias gavillas; cantaba el arroyo entre la sombra de los nogales y pinos centenarios; sonreía el labrador, gozoso ante la tierra ubérrima, y en el silencio del bosque vibraba la cornamusa del divino Pan.

Los ojos de Olvido se abrían a esta nueva vida. Su alma de niña adivinaba una existencia en todo diferente a la quietud y silencio que llevara entre las maternales monjitas. No estaba del todo descontenta de este cambio.

— Es necesario, dijo un día D. Ricardo a Olvido, que preparemos el equipaje. Asuntos de importancia requieren mi presencia en Madrid.

Cuando llegaron a la corte recibieron numerosas visitas. Entre éstas había un joven prócer arruinado, un logrero, un arrivista — como se dice ahora — que frecuentaba el trato de D. Ricardo. Joven calavera, pensaba recalar en el puerto del matrimonio para salvarse de su total bancarrota, y Olvido, hija única y heredera de un capitalito saneado, parecióle un partido excelente. Desde entonces comenzó el bloqueo, y la timidez de la doncella hizo crecer las alas del gavilán.

Cierta noche llegó donoso y ocurrente, y dijo a D. Ricardo:

— Hoy es día de verbena. Olvido no conoce nuestras fiestas populares. A la puerta tengo el auto del Casino y podemos dar una vuelta por Madrid.

Conforme el padre, después de muchos ruegos por parte del galán e infinitos lagoteos y carantoñas por la de la niña, montaron todos en el Mercedes.

La noche era de las que invitan al amor. Madrid se engalanaba con flores de trapo y papel de seda. San Lorenzo, San Cayetano y la Virgen de la Paloma habían derramado por la corte la alegría majesca de los barrios bajos. En confuso maridaje se fundían las notas de los organillos y su alegre *tintín* con la triste canturía de los carrillones de la feria, que lloraban vales antiguos, evocadores de pasadas épocas de juventud y alborozo.

Olvido contemplaba absorta aquel cuadro: los bailes a la vista pública, llenos de cadnetas, banderolas y farolillos a la veneciana; las sandías que brindaban su fruto húmedo, rojo y dulce, como labios de hembra joven; los cohetes bordando con sus colas de luz el cielo y la luna que, serena y tranquila, vertía sobre la urbe su poético blancor plateado. Al

lado de Carlos — así se llamaba el pretendiente — sentíase feliz. Era el galán un joven de tipo elegante. Su barba rubicasta partida en dos, su bigote abundante, su blancura pálida, dábanle cierto parecido con la dulce imagen del Jesús de la capilla monjil. Nadie diría que era un villano vividor, lo que se conoce en Francia con el nombre de un caballero de fortuna.

En los momentos que pudo hablar a solas con Olvido, agotó el vocabulario poético y galante; dijo mil bellas frases; puso toda la pasión de un verdadero enamorado en sus falsas promesas; estuvo inspirado, ocurrente, original. Olvido temblaba presa de un vago sentimiento de temor. Era algo así como si tuviese miedo a la felicidad. En su mente luchaban la duda y aquel temor a lo desconocido, como las olas de un mar tormentoso. Todo conspiraba contra ella: la música, la alegría, la luna, sus dieciséis años, la belleza de su galán; ¡qué iba a hacer! Sin embargo, calló.

Terminó la fiesta, donde hubo escenas cómicas y de tragedia, llantos de celo y coloquios del querer. La Casta, la Susana, el Julián y D. Hilarión del inmortal sainetero, resucitaban al conjuro de aquellas fiestas místicas, profanas. Madrid dormía, pero su corazón palpitaba en la eutimia de un organillo trasnochador y en los últimos acordes de una guitarra rasgueada y de una copla, que rompía el silencio de la noche con su melodía dolorosa.

Convencida Olvido del amor de Carlos, su dulce enemigo, sentía en su alma ansias locas de vivir; y aquel sol de agosto, que se filtraba tímidamente por las arcadas del claustro, adonde volviera, y el cielo, que encuadraba sobre el patio como un lienzo brillante e azul, y aquellos perfumes de albahaca y claveles que del jardín próximo se desprendían, hablaban a su corazón en un lenguaje extraño, de días felices y triunfadores, de minutos de amor sin medida.

Y era todo esto porque Olvido, bajo una apariencia sosegada e ingenua, ocultaba un alma ardiente, que permanecía en su cuerpo como la brasa del incienso en un perfumero oriental: oculta y silenciosa. Y al llegar las tardes áureas de otoño, comenzó a leer nuevamente a la dulce Teresa de Jesús, que hablaba de sus amores celestiales con el Divino Esposo. Leía aquellas frases: «La divinidad purísima y simplicísima investía mi alma, como un sol inmenso y de luz inaccesible.» O estas otras: «Y cuando no fuese posible asistir a las obras exteriores y de vida activa, se me comunicara este divino Sol cubierto con la nubecilla blanca de su alma», y entonces, encantada por el verbo de la monja del Carmelo, en un delirio tierno de mística exaltación fundía la imagen del divino Jesús con la del amador Carlos, al través de un nimbo de luz esplendorosa.

* *

Al cabo del tiempo sucedió lo que tenía que suceder. ¿Que cómo fué el caso? Difícil sería decirlo. ¿Sabe alguien por ventura cómo ocurren estas cosas del amor? Carlos y mi prima Olvido contrajeron nupcias, con el boato que cuadra a un noble y a una rica heredera. Olvido iba al matrimonio enamorada de Carlos. A él unió su destino, llevándole todas sus candideces de virgen, todas las primicias de su carne y de su espíritu. Pero él, pasados los primeros meses, descubrió toda su maldad, todas sus lacras espirituales. Y llegaron para Olvido los días intermi-

nables de soledad y de tristeza, esperando el arrepentimiento del esposo, porque le amaba, y las noches aguardándole en vano, pues el alba la sorprendía con la pena en el corazón y las lágrimas en los ojos.

Carlos amaba a una chiquilla llamada Gloria, cupletista de alto rango, que sabía de las perversidades del amor y de las pasiones de los hombres. El calavera pasábase el día en casa de su amante, comía con ella y no volvía sino cuando el alba apuntaba

mente se adivinarían los nombres de sus autores.

Aunque con tendencias y modalidades distintas, un rasgo es común a los dos artistas: el amor al natural y el estudio y la observación profundos del mismo. Uno y otro puestos enfrente del personaje, del paisaje, del espectáculo que desean reproducir, saben identificarse con ellos y extraer su verdadera significación, dando su adecuado valor a los distintos elementos que integran el conjunto que ha de servirles para sus composiciones. Ambos sienten el asunto y al darle forma y color en el lienzo, la figura, el campo, la playa surgen con facilidad, espontáneamente, sin la menor afectación, tales como son en la naturaleza y únicamente embellecidos por esa poesía especial con que el artista avalora la realidad sin por ello desnaturalizarla en lo más mínimo.

Cardona se ha dedicado con especial predilección a la figura y ha escogido con preferencia sus modelos entre los tipos de mujeres gitanas o a lo menos agitadas, por decirlo así. Estos tipos, de temperamento ardiente, de vehementes pasiones, de rostro enérgicamente expresivo, ojos de fuego, cabellos negrísimo y líneas flexibles y ondulantes, vestido el cuerpo con faldas de coloreados ramajes y envuelto el talle en el gracioso y pintoresco mantón de flores bordadas y largos flecos, han encontrado en Cardona su pintor propio, el artista que, como pocos, ha sabido desentrañar su psicología y expresar admirablemente su modo peculiar de ser.

Como demostración de nuestro aserto, bastará fijarse en los dos lienzos que reproducimos en el presente número y recordar otros suyos que en distintas ocasiones hemos publicado. En *El billete*, la lectora se nos ofrece en una actitud natural, y en la expresión de su cara se advierte el placer que le produce la lectura de la carta; en *El beso*, la gitana pone en aquella caricia al *churumbel* toda la pasión propia de las mujeres de su raza. Técnicamente los dos cuadros, como los demás que en la exposición figuran, prueban una vez más el absoluto dominio que del

color tiene Cardona, dominio que se revela sobre todo en la habilidad con que armoniza las tintas más atrevidas y contrapuestas.

Dionisio Baixeras es un enamorado de la naturaleza, lo mismo cuando la ve envuelta en las brumas de los altos montes que cuando se le presenta bañada por el sol en los campos del llano o en las risueñas marinas. El pastor, el labrador, el lobo de mar de nuestra tierra, son sus personajes predilectos, y como Cardona en la de sus gitanas, ha sabido él ahondar en el alma de estos tipos que ha estudiado y pintado con verdadero cariño, ofreciéndolos en una variedad infinita; pero siempre en un ambiente de apacibilidad, de calma, que produce una impresión altamente embelesadora.

Segadores y Lobos de mar son nuevo testimonio del temperamento artístico de Baixeras; ambos son expresión de sensaciones experimentadas ante la contemplación directa del natural y que el artista supo conservar en toda su intensidad al trasladar al lienzo los asuntos observados. En uno y en otro hay luz, hay espacio, hay poesía, y la sencillez de los temas se agranda por el sentimiento y la verdad que las composiciones respiran. Las figuras están bien situadas; son naturales sus actitudes, y sus rostros tienen gran expresión; y el paisaje y la marina que respectivamente les sirven de fondo, revisten todo el encanto de la naturaleza de nuestros campos y de nuestras costas.



El beso, cuadro de Juan Cardona. (Salón Parés. — Fotografía de F. Serra.)

en el horizonte. Olvido le aguardaba de pie, muda, como la estatua del dolor, con los ojos enrojecidos por el llanto. Sufrió más... y más... hasta lo infinito, y su rostro quedó del color amarillento de las rosas secas. Su dolor era silencioso; a fuerza de sufrir perdió la sensibilidad y notó al fin que en su corazón el amor había muerto.

Aquella calma de su espíritu le dió frío. ¡Oh, qué triste era la vida sin objeto!..

Hoy ya sólo vive de recuerdos, recuerdos tristes o lisonjeros, y únicamente sonríe cuando rememora el claustro conventual del colegio y su jardín diminuto y perfumado, por donde vagaban las monjitas, siempre plácidas y risueñas, aspirando el aroma de acacias florecidas.

SALÓN PARÉS

CUADROS DE CARDONA Y BAIXERAS

(Véanse las láminas de las páginas 797, 800 y 801.)

Recientemente han expuesto sus últimas obras en el Salón Parés dos artistas bien conocidos y justamente reputados: Juan Cardona y Dionisio Baixeras.

Son dos pintores con personalidad propia perfectamente acusada, de tal manera que, aun sin mirar las firmas que al pie de los cuadros se leen, fácil-

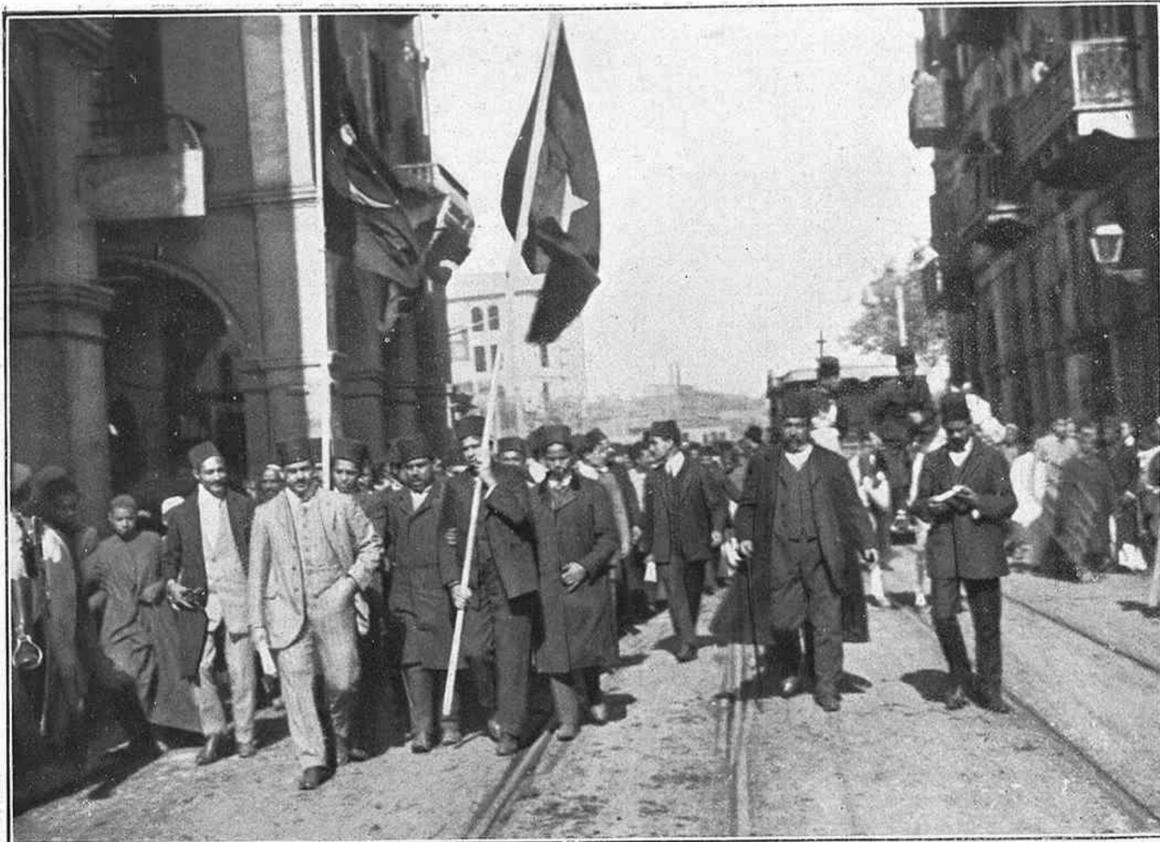


SEGADORES, cuadro de Dionisio Baixeras



LOBOS DE MAR, cuadro de Dionisio Baixeras

LA GUERRA EUROPEA. - EN EGIPTO. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)



Manifestación a favor de la Gran Bretaña en El Cairo

Apenas declarada por Turquía la guerra a Inglaterra, Rusia y Francia, fácil fué prever que la Puerta dirigiría principalmente sus ataques contra Egipto, pues allí era donde más mortal podía ser el golpe asestado contra la Gran Bretaña. Basta considerar la significación del Canal de Suez para comprender la razón de aquellos propósitos del gobierno otomano. Ya dijimos en nuestra última crónica de la guerra que la rigurosa censura inglesa deja llegar hasta nosotros muy escasas noticias de lo que actualmente sucede en el territorio egipcio; a pesar de ello, las pocas que de allí se reciben no parecen muy favorables a Inglaterra. Un telegrama de Londres confiesa que fuerzas británicas situadas cerca de Katia hubieron de retirarse ante el ataque de fuerzas turcas superiores; y otros de procedencia turca aseguran que el ejército otomano avanza victoriosamente sobre el Canal de Suez, que las autoridades

suprema es sacudir la tutela británica, que califica de oprobiosa.

El actual jedive Abbas II Hilmi encontrábase en Constantinopla cuando estalló la guerra y habiendo manifestado su intención de regresar a Egipto, Inglaterra, conocedora de sus simpatías por la Puerta, se negó a autorizar su viaje.

Al declarar Turquía la guerra a la Gran Bretaña y a los aliados de ésta, el jedive se ha puesto al lado de aquélla, con cuyo apoyo espera conquistar la independencia de su reino, y se propone unirse en Damasco con el ejército turco para desde allí avanzar hacia el interior de Egipto.

Según las leyes militares de 1885, 1889 y 1900, todos los egipcios mayores de diecinueve años, a excepción de los eclesiásticos, profesores y estudiantes, están obligados a servir cinco años, pero pueden redimirse mediante el pago de 20 libras esterlinas, unos 500 francos.

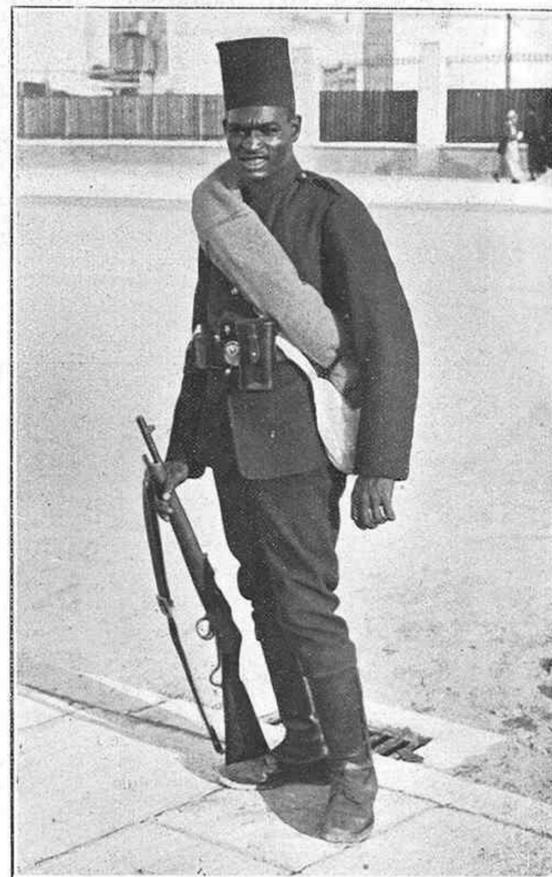
El efectivo teórico del ejército egipcio en tiempo de paz comprende 607 hombres de caballería, 10.318 de infantería, 750 de caballería de camellos, 1.225 de artillería, 364 de sanidad y 3.657 de ingenieros, ferrocarriles, etc. Estas fuerzas y algunas otras auxiliares forman un total de 18.381 hombres, mandados por 138 oficiales ingleses y 709 indígenas.

El efectivo de las tropas británicas de ocupación consta de 4.556 hombres de infantería, 651 de caballería, 229 de artillería, 103 de ingenieros, 201 indígenas conductores de artillería, 52 armeros, 130 sanitarios, 10 veterinarios, 6 de Estado Mayor y 34 de servicios diversos,



Abbas II Hilmi, jedive de Egipto, que se ha puesto al lado de Turquía en el actual conflicto europeo. (De fotografía hecha recientemente.)

formando un total de 6.283 hombres. Además hay la policía, que se divide en municipal (para Alejandría, El Cairo y el



Soldado de infantería del ejército inglés en Egipto

Canal de Suez), y provincial, y se compone en parte de extranjeros y en parte de egipcios, con 2.885 hombres la primera y 2.374 la segunda.



Lancero egipcio

civiles de Port-Said y Suez han huído y que las tropas indígenas del Canal se han sublevado, dando muerte a gran número de ingleses.

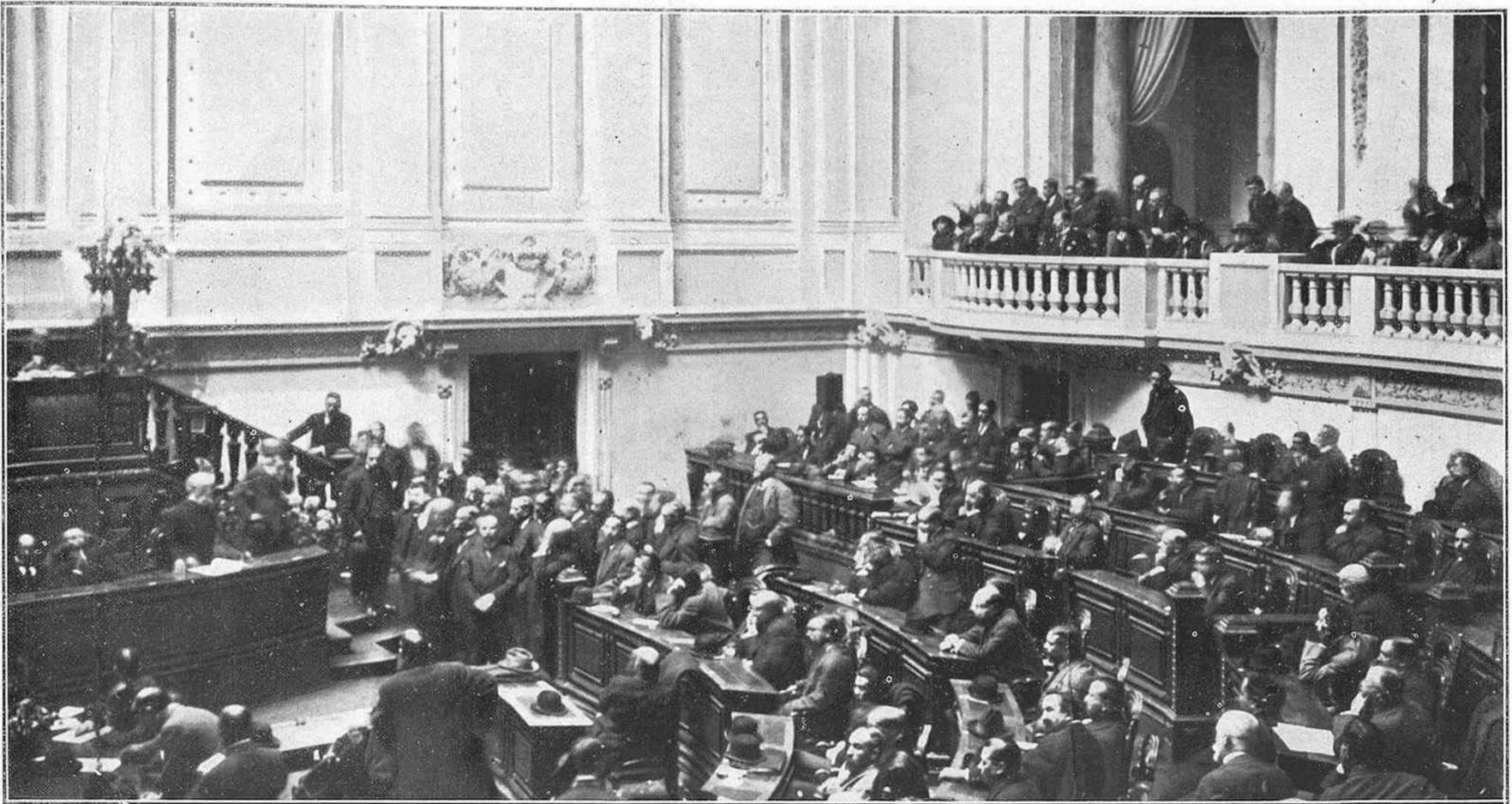
Por la razón antedicha de la censura inglesa, nada se sabe acerca del estado interior de Egipto. Una de las fotografías que en esta página reproducimos representa una manifestación realizada en El Cairo en favor de la Gran Bretaña. Es de suponer que habrá allí muchos partidarios de Inglaterra; pero seguramente también no serán pocos los que respondan al llamamiento del Sultán que ha proclamado la guerra santa.

El Egipto, como es sabido, es un Estado tributario de la Sublime Puerta, con un gobierno monárquico hereditario; pero en realidad es Inglaterra quien ejerce la verdadera soberanía en el territorio egipcio, soberanía enérgicamente combatida por el llamado partido nacional, que procura por todos los medios mantener un estado de agitación y cuya aspiración



Charanga de un regimiento de infantería egipcio

LA GUERRA EUROPEA. - EN PORTUGAL. (De fotografías de Augusto Ratto.)



Aspecto que ofrecía la Cámara de Diputados al ser leída por el gobierno la declaración de intervención de Portugal en la guerra

Como decíamos al final de nuestra última crónica de la guerra, Portugal ha acordado intervenir militarmente en la actual guerra europea, enviando un contingente de tropas a luchar al lado de los aliados ingleses, franceses y belgas.

Las sesiones de las Cámaras celebradas el día 23 de noviembre último y en las cuales se aprobó la proposición del gobierno, fueron verdaderamente solemnes y en ellas todos los partidos se unieron en una sola aspiración y en un mismo entusiasmo.

Desde mucho antes de empezar las sesiones, una multitud inmensa invadía las inmediaciones del Palacio del Parlamento y cuando el presidente Sr. Acevedo Coutinho abrió la sesión de la Cámara de Diputados, las tribunas hallábanse atestadas y en la de los diplomáticos estaban los ministros de Francia, Inglaterra, Bélgica y Argentina.

El presidente del Consejo de Ministros, después de elocuentes frases justificando la intervención militar de Portugal en el conflicto europeo, dió lectura a la proposición que en la antes citada crónica reprodujimos y, puesta a discusión, los señores Machado Santos, Costa, Almeida, Camacho y Braga pronunciaron patrióticos discursos, después de los cuales fué aquella aprobada por unanimidad.

Suspendida la sesión de la Cámara de Diputados, el presidente del Consejo la sometió al Senado, que también la apro-

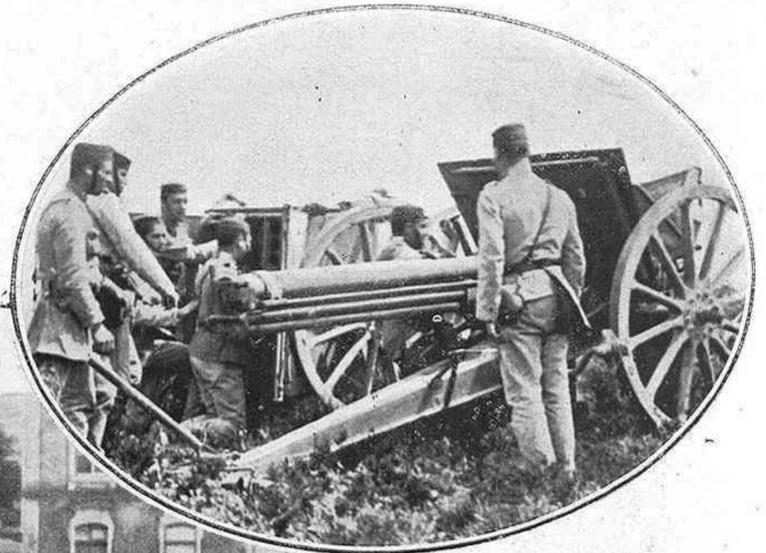
bó después de haberse asociado a ella en términos patrióticos y elocuentes los jefes de los grupos políticos Sres. Vasconcellos, Miranda do Vale, Feio Terenas, Martins, Goulart de Medeiros, Freitas y Nunes da Mata.

Acto seguido, reanudóse la sesión en la Cámara de Diputados y el presidente del Consejo de Ministros manifestó que se sentía orgulloso de la honra que acababa de ser conferida al gobierno, aprobando por unanimidad las Cámaras la proposición por el mismo presentada, y que por ello podía decir que todos se hallaban unidos en el cumplimiento del deber y que con el gobierno estaban todos los patriotas, todos los portugueses. Terminó saludando al ejército y a la armada y al pueblo portugués con un ¡Viva la República!, que fué calurosamente contestado desde todos los lados de la Cámara.

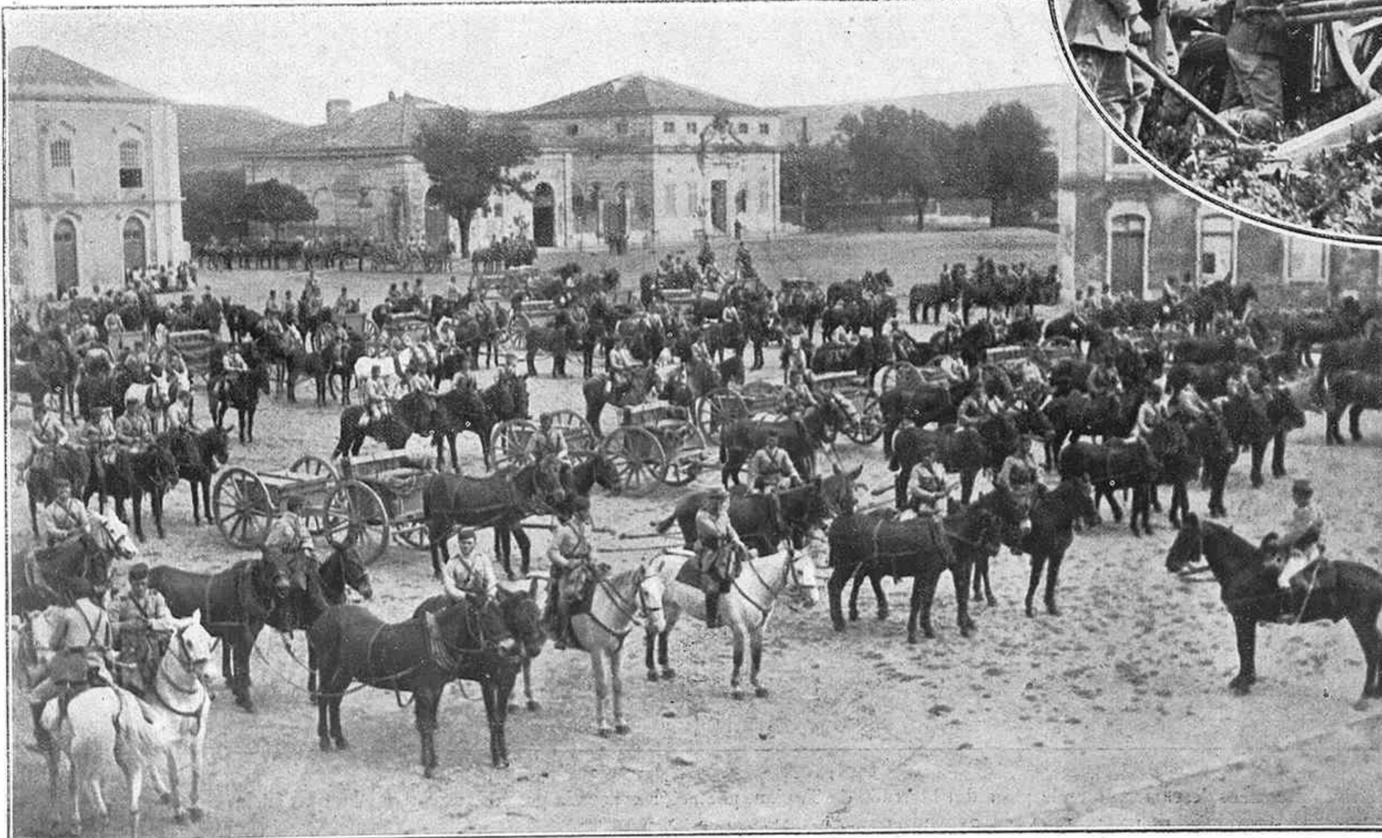
A aquel viva sucedieron otros a Francia, Inglaterra y Bélgica, estallando en el salón y en las galerías una explosión de entusiasmo, que subió de punto cuando en la galería central aparecieron unidas las banderas inglesa y portuguesa.

Dos días después de aprobada la proposición, el gobierno publicó el decreto de movi-

lización de una división, nombrando comandante general de la misma al general Leitaco Castro. La movilización, según declaraciones oficiales, se ha ordenado para después de la marcha de las tropas expedicionarias que se envían a Angola, a fin de evitar la acumulación de los soldados en los cuarteles y facilitar la distribución del material. El ministro de la Guerra portugués ha recibido de Lord Kitchener una comunicación sobre el convenio anglo-lusitano para los efectos de la guerra y en la cual se incluye la opinión que acerca de este asunto tiene el general French.



Artillería portuguesa practicando ejercicios



Baterías de artillería que formarán parte de las fuerzas que Portugal enviará al teatro de la guerra

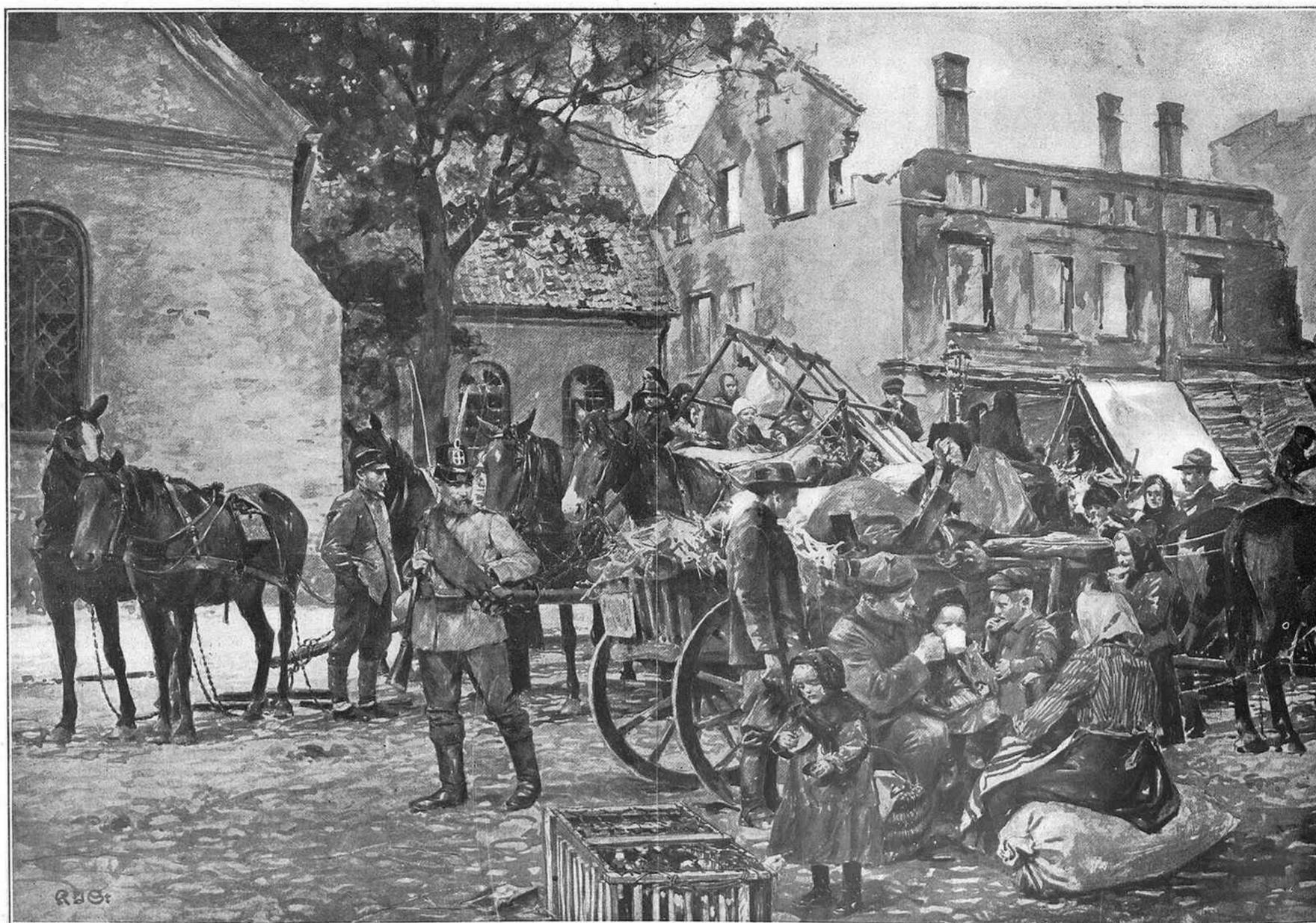
Portugal tiene establecido el servicio obligatorio, que han de prestar, según la ley de 1911, todos los comprendidos entre los 17 y los 50 años de edad, en la forma siguiente: de 17 a 20 años, en el ejército territorial; de 20 a 30, en el ejército activo (1.ª línea); de 30 a 40, en la reserva (2.ª línea), y de 40 a 50, en el ejército territorial.

El ejército activo comprende ocho divisiones, compuestas cada una de cuatro regimientos de infantería, una sección de ametralladoras, un regimiento de artillería de campaña, un regimiento de caballería, una compañía de zapadores-minadores, un tren de pontoneros, una sección de electricistas, otra de telegrafistas de campaña, una compañía de sanidad, otra de aprovisionamiento y otra del tren.

La escuadra portuguesa consta de un crucero acorazado, cuatro cruceros, diecisiete cañoneros, un cañonero torpedero y cuatro torpederos.



Teatro de la guerra oriental. - Soldado ruso orando ante una tumba en donde han sido enterrados juntos soldados rusos y austriacos. (De fotografía de Argus.)



En la Prusia oriental. - Fugitivos prusianos descansando en la plaza del Mercado de Tapiau, población evacuada por los rusos y que ha quedado en parte destruída dibujo de Carlos Storch. (Reproducción autorizada.)



POR LOS MUERTOS Y POR LOS VIVOS, dibujo de A. Mas y Fondevila

Estalló la guerra y a la defensa de la patria en peligro acudieron todos los hombres válidos. En el pueblo quedaron únicamente mujeres, ancianos y niños. De los que fueron a combatir muchos han sucumbido ya en el campo de batalla; otros han regresado, inválidos para siempre, a sus hogares; los demás quedan aún luchando en el teatro de la guerra, exponiendo sus existencias a cada momento. La tristeza invade todo el pueblo; el duelo llena todos los corazones; muchas madres, muchas esposas, muchos hijos visten de luto.

Con el infortunio se ha acrecentado la piedad; y mientras los soldados matan y mueren, sus deudos rezan, implorando la misericordia divina. El único consuelo de los que perdieron a los seres queridos está en Dios; en Dios ponen también su única esperanza las familias de los que todavía viven. Y unos y otras acuden al templo a elevar al cielo sus fervorosas plegarias, orando los unos por las almas de los muertos, y pidiendo los otros al Todopoderoso que preserve de todo mal a aquellos en quienes cifran todos sus amores y que constituyen su único amparo en la tierra.

LA GUERRA EUROPEA

SELLOS DE LA CRUZ ROJA Y DE LA CARIDAD
(Fotografías de Chusseau-Flaviens.)

Sello de la Cruz Roja francesa



Sello de la Cruz Roja belga



Sello de Caridad austriaca

Con reproducir los primeros párrafos de nuestras últimas crónicas queda descrita la situación en el teatro de la guerra que se extiende desde el Mar del Norte hasta Alsacia. Fuertemente atrincherados aliados y alemanes, apenas salen de sus posiciones para efectuar o rechazar ataques sin importancia alguna, confiando el papel principal a la artillería, que no cesa de funcionar en aquella extensa línea de centenares de kilómetros, aunque también sin resultados decisivos.

Desde el mar dos acorazados británicos han bombardeado todos los puntos estratégicos ocupados en Zeebrugge por los alemanes, extendiendo el bombardeo a todas las poblaciones de la costa, incluso Ostende. Según los ingleses, los alemanes contestaron débilmente aquel fuego; según los alemanes, la escuadra inglesa, que por dos veces se acercó a la costa belga, hubo de replegarse obligada por sus baterías.

La atención pública está hoy fija en el teatro de la guerra de Oriente, en donde alemanes y austriacos luchan contra los rusos. Las noticias que de allí llegan son pocas y estas pocas contradictorias algunas de ellas y muchas evidentemente exageradas. Tan cierto es esto último, que el Estado Mayor ruso se ha creído obligado a declarar, después de las noticias que daban por aniquilados o poco menos a los ejércitos alemanes, que los rumores circulados sobre una victoria rusa entre el Vístula y el Varta procedían de correspondencias privadas y debían ser acogidas con reservas. Y después de hacer esta advertencia, añade el comunicado oficial: «El plan alemán, que consistía en rodear y cercar al ejército ruso en la orilla izquierda del Vístula, ha fracasado, y la batalla continúa en condiciones favorables para los moscovitas; pero el enemigo opone una resistencia desesperada. Hay que aguardar el resultado definitivo.»

Este resultado definitivo no ha llegado aún en el momento en que escribimos esta crónica.

Veamos ahora los éxitos que han conseguido o que dicen haber alcanzado cada uno de los beligerantes. Los austriacos: que han castigado a los rusos que querían forzar los desfiladeros de los Cárpatos; que los han rechazado en Przemysl, impidiéndoles un movimiento envolvente que intentaban; que han progresado en el Pilica; que han rechazado al ene-

migo en la Polonia occidental, y que en los últimos combates les han hecho 29.000 prisioneros y cogido 49 ametralladoras.

Los alemanes: que en la Prusia oriental han rechazado todos los ataques de los rusos; que cerca de Lodz y de Lowics (Polonia rusa), las tropas del general von Mackensen han derrotado a tres cuerpos de ejército moscovitas haciendo 40.000 prisioneros y apoderándose de 70 cañones, 156 ametralladoras y 160 carros de municiones; que en Novo Padomsk y en la región de Lodz fueron rechazados fuertes ataques de tropas rusas, y que en quince días han ganado más de 60 kilómetros.

Los rusos: que en una salida intentada por las tropas austriacas de Przemysl, hubieron éstas de retirarse con grandes pérdidas; que en la encarnizada lucha que se desarrolla entre el Vístula y el Varta han obtenido una gran victoria sobre los alemanes, a quienes la caballería persiguió en su huida, cau-

Cracovia; y que han comenzado el bombardeo de esta plaza, que está enteramente cercada.

Como resumen de estas noticias puede decirse que en la región entre el Varta y el Vístula hay empeñada desde hace días una terrible batalla en la que ambos contendientes han obtenido éxitos y sufrido reveses y experimentado grandes pérdidas, que aun no se ha resuelto de un modo decisivo, y cuyo resultado ha de ser seguramente de capital transcendencia.

El emperador Guillermo II ha dirigido a los generales Hindenburg y Mackensen expresivos telegramas felicitándolos entusiastamente por sus brillantes éxitos y ascendiendo al primero a fedmariscal general y otorgando al segundo la cruz de la orden del Mérito.

Los serbios y los montenegrinos han obtenido algunas pequeñas victorias sobre los austriacos, los primeros en Visegrad y los segundos a orillas del Drina. En cambio, los austriacos han derrotado a los serbios junto al río Kolubara, apoderándose de Lasarevio y cogiendo 2.000 prisioneros y alguna artillería.

Los ingleses han derrotado a los turcos en el Golfo Pérsico, ocupando Basrah. Los rusos dicen que los han derrotado en la región del Cáucaso, cosa que niegan las notas oficiales turcas, afirmando, por el contrario, haber logrado una gran victoria sobre los moscovitas. De las operaciones en Egipto damos cuenta en otro lugar de este número.

En el Africa oriental, fuerzas inglesas que intentaban apoderarse de una estación ferroviaria de término alemana, fueron enérgicamente rechazadas y hubieron de retirarse después de sufrir 800 bajas.

A consecuencia de una explosión ocurrida en uno de los pañoles se ha ido a pique en el

puerto de Sherness (condado de Kent, Inglaterra) el acorazado inglés *Bulwark*. De su tripulación, compuesta de 800 hombres, sólo se salvaron 12.

El presidente de la República francesa Sr. Poincaré, acompañado del jefe del gobierno, del ministro de la Guerra y de los presidentes del Senado y de la Cámara, ha estado en la línea de batalla y ha impuesto al generalísimo Joffre la medalla militar que le ha sido concedida recientemente.

También el rey Jorge V de Inglaterra ha visitado el cuartel general del ejército británico que opera en Francia.



El servicio de correos en una población francesa ocupada por los alemanes. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

sándoles enormes pérdidas, cogiéndoles muchos prisioneros y numerosas piezas de artillería y poniendo a las tropas del general Hindenburg en una situación comprometida en extremo, de la que pudieron salir gracias a los considerables refuerzos recibidos; que los austriacos han abandonado todas las colinas de los Cárpatos ante la presencia de numerosos contingentes rusos; que al Norte y al Nordeste de Cracovia han derrotado a los austriacos, haciéndoles 7.000 prisioneros y tomándoles 30 cañones y muchas ametralladoras; que en las últimas operaciones han rechazado a los austriacos más allá de los Cárpatos y hacia

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

- Para defenderla de su madre es por lo que solicito la protección de ustedes, repuso Ratier.

- Además, en caso de que lo hicieran ustedes no sería más que por veinticuatro horas y confío en no

- ¿Y la muchacha también?, preguntó tímidamente la señora Feraud.

- Se queda aquí... Por lo mismo que me ausento, he venido a hablar con usted.

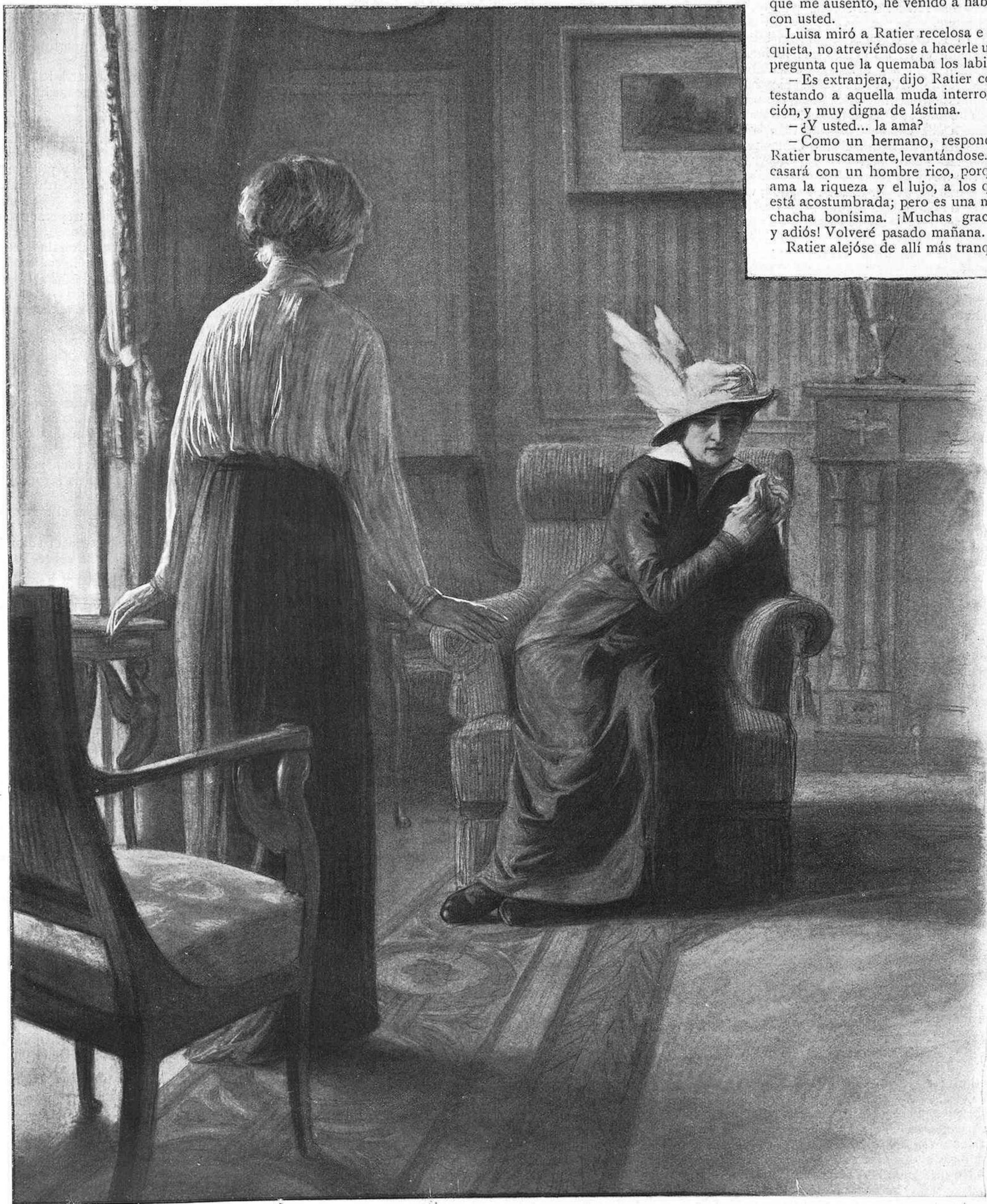
Luisa miró a Ratier recelosa e inquieta, no atreviéndose a hacerle una pregunta que la quemaba los labios.

- Es extranjera, dijo Ratier contestando a aquella muda interrogación, y muy digna de lástima.

- ¿Y usted... la ama?

- Como un hermano, respondió Ratier bruscamente, levantándose. Se casará con un hombre rico, porque ama la riqueza y el lujo, a los que está acostumbrada; pero es una muchacha bonísima. ¡Muchas gracias y adiós! Volveré pasado mañana.

Ratier alejóse de allí más tranqui-



Barbara volvió a deshacerse en lágrimas

Luisa miró a su hijita que jugaba a sus pies y lanzó un profundo suspiro.

- Jacobo no se opondrá entonces... Estoy segura de ello,

tener que molestarlos. Si he venido es porque hay que estar prevenidos... Me ausenté de París por uno o dos días con... (no se atrevió a decir amigos) con unos conocidos.

lo, dejando a la buena de la señora Feraud muy asustada de la responsabilidad que acababa de echar sobre sí y su marido. La curiosidad hacia la desear que la muchacha de que había hablado Ratier se viese nece-

sitada de su protección y al mismo tiempo temblaba ante la idea de que pudiese pasar tal cosa y se viesen envueltos ella y su marido en alguna enojosa complicación. Estuvo pensando en ello hasta la noche.

En tanto que Ratier dirigiese a su casa, se le ocurrió la idea de informarse de si sus planes habían obtenido un buen éxito. No se le ocultaba que su empresa era muy aventurada; era algo problemático el que la señora Slavsky se decidiese a abandonar París, a una hora determinada, empleando aquel recurso indirecto. Bastaba con que Bárbara tuviese jaqueca o se retrasase el coronel para que todo se fuese a pique.

Pero Ratier conocía el corazón humano y especialmente el de las gentes que le interesaban por cualquier motivo y a las que estudiaba con mayor detenimiento. Sabía que Saxón era para Bárbara una palabra de irresistible efecto mágico; sabía asimismo que el coronel no haría nada sin consultarla previamente a ella y sin pérdida de tiempo para salir de las angustias de la indecisión. Consultando su reloj pensó tranquilamente.

«Las tres y media... la señora Slavsky debe pasar como una flecha por delante Brunoy; voy a convenirme de ello.»

Encaminóse hacia la calle de Miromesnil y preguntó a la portera:

— ¿Está la señora Slavsky?

— Hace una hora que ha salido. Arriba está la señorita.

— ¡Muchas gracias!, dijo Ratier.

Durante un momento permaneció indeciso. Tenía realmente muchas ganas de ver a Catalina; pero un sentimiento de delicadeza, nuevo en él, le prohibía el aprovecharse de la ausencia de su madre.

Después de haber vacilado algunos instantes decidióse por un término medio y escribió en lápiz en una tarjeta:

«En caso de necesidad urgente vaya usted de mi parte a Montmartre, castillo de las Nubes y pregunte por la señora Feraud.»

Firmó sólo con una R, metió la tarjeta en un sobre escribiendo en él: «A la señora o señorita Slavsky. — Urgente», hizo llevar este mensaje por un hombre a quien siguió.

Mientras que hizo todo esto no perdió de vista los alrededores de la casa en que vivía Katia y convencióse de que no habiendo vuelto la señora Slavsky su billete llegaría a su destino.

El mensajero volvió de entregar la tarjeta al cabo de unos cuantos segundos.

— ¿Qué hay?, preguntó Ratier.

— La señora había salido..., respondió el hombre. Se lo he entregado a la joven. No hay respuesta.

— Ya lo sé, replicó Ratier.

Volvió la espalda al mensajero estupefacto y regresó alegremente a su casa. Media hora más tarde subía la escalera del coronel cantando más gozoso que un chiquillo.

No estaba el coronel y Josia hacia la maleta de su jefe.

Ratier colocó familiarmente su brazo sobre el hombro de éste y le dijo:

— Hace poco que se ha ido la señora Slavsky, ¿no es cierto?

Josia se estremeció, asustado, y no se atrevió a responder temeroso de revelar un secreto que le habían confiado.

— ¿Cuándo aprenderá usted a mentir, Josia?

Josia ruborizóse y tampoco supo encontrar una respuesta.

— Sin embargo tiene usted un excelente maestro, continuó diciendo Ratier imperturbable. Pero es usted muy mal discípulo. Es usted muy tonto, ¿no es eso? Usted mismo me lo ha dicho. Yo le quiero a usted, amigo mío. Pero hablemos de la señora Slavsky. ¿Verdad que se ha ido?

— ¿Quién se lo ha dicho a usted?, respondió Josia que quiso escaparse por la tangente.

— ¡Que quién me lo ha dicho! Por Dios, cándido Josia, no se muestre usted tan ambiguo. Ha tenido usted un rasgo genial. Veo que progresa usted en el arte del disimulo y de la astucia y siento haber afirmado hace poco lo contrario... Sus palabras no indican en manera alguna que ella haya partido... Así no miente usted y no se aleja tampoco de la verdad. ¡Ah!, Josia amigo mío, está usted en la buena senda.

— No he tenido la intención de mentir, dijo Josia desconcertado completamente.

— Tenga usted cuidado, naturaleza cándida y virtuosa; así es como se rueda por el camino del vicio. Digamos que se ha ido en el tren de las tres y cinco por la línea de Ponlarlier a Saxón que pasa por Lauzana.

Josia, en el colmo de la desesperación permaneció silencioso y cabizbajo.

— Josia, mi otro yo. Tiene usted todo el aspecto de un cordero cuando lo desuellan. Esto me reconcilia con sus sentimientos virtuosos. Se ha ido sola y también Katia se ha quedado sola, ¿no es eso?

— Con miss Amroth, repuso el secretario muy apesadumado.

— ¿Quién será el que vaya mañana a vagar todo el día por los alrededores de la calle de Miromesnil? Y aun voy más lejos. ¿Quién será al que sorprenderán esta noche los agentes de seguridad suspirando bajo los balcones de un tercer piso?

Josia permanecía sumido en un sombrío silencio, con el rostro cada vez más carmesí. Su perseguidor apiadóse de él.

— Los dos no deseamos más que el bien de esa encantadora niña ¿no es cierto? Pues bien, Josia, soy yo el que le aconseja a usted que vigile la casa esta noche hasta muy tarde y mañana muy temprano..., la madre se ha ido lo cual es una ventaja, pero no se queda por eso libre de asechanzas... Hay que recelar de la condesa... Esa condesa es mi pesadilla... No lejos de la casa adorada hay un café; almuerce usted en él y pase todo el día confinado en su modesto recinto... Vele usted para que no nos roben ese querido tesoro.

— Pero cuesta caro eso de pasar todo el día en el café, dijo Josia, que durante ese discurso había ido recobrando su serenidad.

— ¿Y el coronel se ha olvidado de proveerle bien el bolsillo? Es lo mismo que la tierna Bárbara; estoy seguro de que no ha dejado a su hija con qué comer. Pero Katia se alimenta de chocolate y tampoco veo un grave inconveniente en que miss Amroth ayune un poco... Mi querido Josia, tome usted dos luises, se los presto; ya me los devolverá cuando su tutor le presente las cuentas de la tutela o bien cuando se digné marcharse de este mundo loco, lo que es más probable. Vaya usted, amigo mío, y que la comida del consabido café le sea leve.

El coronel entró en aquel momento y sorprendióse al ver que Ratier le daba dos luises a su secretario.

— Pago mis deudas, coronel, dijo el joven francés, no tenemos la vida segura. Uno de mis principios es no ponerme nunca en camino sin pagar mis deudas.

— ¿Debía usted dinero a Josia?, preguntó el coronel atónito.

— Hace dos años y medio, coronel. He encontrado esa partida en mi libro de cuentas, porque ha de saber usted que yo llevo mis cuentas.

— Yo también, si no ¿cómo iba a entenderme?

— Es lo que yo digo, repuso Ratier inocentemente, ¿cómo iba usted a entenderse?

Y hablando aparte con Josia mientras el coronel arreglaba su saco de viaje dijo:

— Devuélvame usted ese dinero, si no va a pedirselo prestado para jugar. Dígame usted que me ha dado el encargo de pagarle una deuda de café.

Antes de que Josia, confuso, le hubiese comprendido, Ratier introdujo diestramente sus dedos en el bolsillo de su amigo y le sacó las dos piezas de oro.

— Ya se las daré después, dijo en voz baja. Tengo algo que hacer, añadió en voz alta, vuelvo en seguida. ¿No tiene usted nada que encargarme, Josia?

El amor y el peligro infundieron al tímido joven la fuerza necesaria para mentir.

— Ya que sale usted, balbuceó sin atreverse a levantar los ojos, ¿quiere usted pagar una cantidad que debo en el café de?..

— Comprendido, dijo Ratier, ya lo sé. Considérela usted hecho.

Y salió. Apenas estaba en la escalera cuando Boleslao se acercó a su secretario.

— Tú no necesitas dinero, Josia, dijo, préstame esos dos luises; te los devolveré a mi vuelta.

— Acabo de dárselos a Ratier para que pague una deuda antigua, dijo atrevidamente Josia, a quien infundía valor el pensamiento de que así defendía a Catalina, aunque fuese de un modo indirecto.

— ¡Qué lástima!, dijo el coronel frunciendo el entrecejo, no era preciso que pagases esa deuda tan pronto. ¿No tienes nada más?

— Tengo un franco setenta y cinco, coronel, repuso Josia con apesadumamiento.

— ¡Quédate!, dijo el coronel generosamente. Eso será para tus gastos menudos.

— Y tan menudos, dijo Ratier que entraba de nuevo en aquel momento. La verdad es que el pobre Josia no puede pasar con menos. Pero no debemos perder a la juventud. La comida está servida, coronel; despachemos si no quiere usted que se nos escape el tren.

Al despedirse, Ratier deslizó los dos luises envueltos en papel en la mano de Josia y le echó una mirada llena de consejos, a la cual respondió el secretario con otra llena de promesas y confianza.

Al bajar del coche, que se detuvo ante la estación de Lyon, los ojos de lince de Ratier divisaron a Remisof que se paseaba de arriba abajo, colérico y furibundo, parándose de pronto, con estremecimientos bruscos, como un hombre que no puede contener por más tiempo la gran impaciencia que le devora.

Deslizándose el importe de los billetes, que llevaba preparado al efecto, en el bolsillo del aturdido coronel, Ratier empujóle hacia la ventanilla mientras se acercaba a Remisof que no le había visto.

— ¿Tiene usted su billete?, preguntó con amabilidad.

— No. ¿Cree usted que tenía ganas de irme solo?.. ¿Y si no llega usted a venir?

— Hubiese usted perdido el importe del billete y nada más.

— ¡Qué cosas se le ocurren a usted, Ratier! Yo soy un hombre ordenado... En ese caso me hubiera ido... Pero ¡qué bonito papel iba a hacer yo solo!

— Ya hablaremos de eso en el vagón, querido amigo, dijo Ratier viendo que Boleslao se dirigía hacia ellos con aire inquieto.

— Vaya usted a tomar su billete y pronto; le garantizo que no se arrepentirá; le aguardo en la sala de espera.

Remisof dirigióse a la taquilla, tropezando con los viajeros y pisando a todo el mundo.

Al perderse entre la multitud, Boleslao, más aturdido que nunca, sintió que Ratier le cogía y lo arrastraba a la sala de espera. Todos los viajeros subían ya a los vagones.

— Coronel, dijo Ratier, vaya a ver si encuentra un vagón para nosotros solos.

— ¿No viene usted?

— Compró los periódicos, repuso tranquilamente Ratier. Vaya usted.

Boleslao recorrió todos los vagones y encontrando un departamento vacío tomó posesión de él, colocando su paletó, su bastón y su saco de viaje en los dos rincones y sentándose después al lado de la portezuela esperando a Ratier.

Pero Ratier no parecía por ninguna parte. Cerrábase ruidosamente las portezuelas a todo lo largo del tren, y Ratier sin parecer.

Por fin, cuando iba ya a arrancar el tren, apareció Ratier, pero no iba solo.

«¿Con quién viene?», preguntó el coronel.

Ratier cayó como una bomba sobre Boleslao y poco después Remisof fué a rebotar contra sus angulosas rodillas.

Cerróse la portezuela ruidosamente, echó a andar el tren y el sacudimiento de los vagones al desperezarse el majestuoso convoy arrojó a Remisof a los brazos de Boleslao, reconociéndose entonces ambos.

— ¡Que el diablo!, gruñó Remisof.

— ¡Dios mío!, gimió el coronel.

Ratier, dueño de sí como del universo, los miró sin reírse; todo su ser interior vibraba de júbilo, pero supo disimularlo y siguió en la muda contemplación de los dos enemigos que había encerrado juntos por una hora larga, suponiendo que uno de los dos no quisiese bajar en la primera estación que era la de Fontainebleau.

«¡Bah!, pensó Ratier, ya se habrán reconciliado antes. Sería lástima que no fuese así, y luego Remisof no querrá perder el importe del billete.»

— ¿Cómo es que ese imbécil está aquí?, preguntó Remisof a Ratier.

— No he podido evitar que viniera.

Los dos enemigos, cuya enemistad no databa ni de doce horas, se arrojaban el uno al otro miradas alevosas que no tenían nada de tranquilizador. Ratier consiguió que se dirigiesen la palabra.

— ¿No sabe usted, dijo a Remisof, qué el coronel acaba de hacer un invento prodigioso que ha de procurar una inmensa fortuna?

— ¡Ah!, exclamó Remisof con menos aspereza, lo celebro.

— Sí, dijo Ratier, sí, se nos puede considerar ya como libres de todo apuro. Este viaje lo prueba.

— ¿Ha encontrado usted fondos?, preguntó Remisof al coronel.

Este, que tenía siempre presente el recibimiento que el ruso le había hecho aquella misma mañana, se limitó a contestarle con un movimiento de cabeza.

— ¡Me alegro!, repuso el ceñudo Remisof, tranquilo ya ante la idea de que el coronel no volvería a pedirle dinero.

Quedóse contemplando un instante el paisaje y luego, cruzando las piernas, esperó a que le contestase el coronel. Pero como Boleslao no le dijese nada trató de descabezar un sueño.

Quiso bajar en Fontainebleau y llamó a Ratier que fingía estar profundamente dormido.

— ¿Por qué ha venido ese imbécil?, dijo, ya en el andén, designando al coronel.

— ¿Y lo pregunta usted?, repuso Ratier con aire de conmiseración. ¿No ve usted que la mitad de su alma está allí? Y señaló hacia el Sudoeste. ¿Qué quiere usted que haga en París?

— ¡A su edad!, murmuró Remisof que era muy poco indulgente en las flaquezas humanas, debería avergonzarse.

— Yo no creo eso, repuso Ratier más serio que de costumbre. Lo que a mí me entenece en ese hombre es esa fidelidad canina que al mismo tiempo excusa la vida de esa gente.

Remisof le miró estupefacto.

— Sí, se aman, a su manera; extraña y cómica si usted quiere, pero se aman con un amor grande y exclusivo. Y no creo tener que decirle que el coronel vale más que ella.

Remisof dió a entender con un gesto que eso le importaba muy poco, y ambos volvieron a subir al vagón.

En la parada siguiente fué el coronel el que hizo bajar a Ratier.

— ¿Por qué ha traído usted a ese mal hombre con nosotros?, preguntó Boleslao.

— Pero si yo no lo he traído, afirmó Ratier con el aire más inocente del mundo; me encontró en el kiosko de los periódicos y no quiso soltarme más.

— ¿Qué va a hacer a Ginebra?

— No lo sé; creo que va a comprar un reloj... No estoy seguro.

El coronel no desplegó los labios, y el tren volvió a emprender su camino hacia las montañas.

En Dijón el restaurant los atrajo irresistiblemente. Nuestros tres amigos se encontraron reunidos ante un montón de sandwiches y Remisof, que gustaba de hacer todas las cosas en grande los convidó a beber una botella de Madera. Después de esto Boleslao no podía seguir odiándole. Acabaron pues de reconciliarse apurando la botella de aquel Madera y poco después durmieron con un sueño angélico hasta llegar a las montañas.

De retraso en retraso, de estación en estación transcurrió todo el día siguiente y nuestros amigos, aturcidos y fatigados, vieron surgir por fin ante ellos las rocas enormes y abruptas que circundan a Saxón.

Remisof, al bajar del vagón, cogió a Ratier por el brazo.

— Ha de saber usted que si no están aquí, tendrá que darme estrecha cuenta de su conducta, pues será señal de que se ha burlado usted cruelmente de mí.

Ratier mirándole plácidamente le dijo:

— Esté usted tranquilo.

Sin mirarse siquiera en el espejo de su *necessaire*, Boleslao precipitóse en el Casino. Deseoso de no perder ni un minuto de diversión, Ratier le siguió.

Remisof no quiso presentarse ante las damas con la camisa chafada y las manos sucias; así es que pidió una habitación y se consagró al aliño y aseo de su persona.

Boleslao recorrió con paso desdeñoso la primera sala destinada a los juegos menudos; estaba seguro de que allí no estaba Bárbara.

En efecto, no tardó en divisarla, sentada al lado de los croupiers, en un sitio inmejorable y jugando con un ardor sostenido lleno de admiración.

Al ver a Madama Slavsky, audazmente sentada en su silla e inmóvil como el obelisco de Lucsor, adivinábase en ella en seguida a una jugadora de gran mérito. Sólo su *toilette* indicaba ya un largo hábito del tapete verde. Nada de cintas ni encajes ni de mangas largas que impiden la libertad de los movimientos; llevaba un abrigo ceñido sobre un traje gris, sobrio de adornos, un verdadero vestido de viaje, con el cual una mujer puede atravesar toda Europa sin llamar la atención.

¡Qué hermosa estaba así! Ratier se detuvo a contemplarla.

Tenía ante sí un montoncito de oro, metódicamente repartido y a cada vuelta de la ruleta cogía una o dos o cuatro piezas que colocaba sobre los números que su inspiración la designaba. Imperturbable como el destino continuaba colocando los luses según las misteriosas combinaciones de que ella poseía el secreto únicamente y la implacable ruleta de los croupiers se llevaba siempre su oro... Inmóvil, pero palideciendo más a cada aciago giro de la ruleta, continuaba su serie con la firme resolución de los jugadores.

«¡Dios mío!, pierde», exclamó mentalmente Boleslao que se había colocado en frente de ella y que la contemplaba demasiado conmovido para pensar tomar parte en el juego.

— ¿No juega nadie más?, exclamó el croupier con voz sepulcral.

Alrededor de la mesa hubo un instante de solemne expectación y de pavoroso silencio no turbado por ningún ruido.

Los jugadores contenían hasta la respiración... De pronto resonó el chirrido de la ruleta.

Nada más interesante ni curioso que el observar las fisonomías de las personas que se agrupan en torno de una mesa de juego: vese a unas concentradas, apopléticas, con el rostro inyectado de sangre hasta la raíz de los cabellos; a otras nerviosas, que se muerden los labios y aprietan los dientes, que arañan el tapete sin saberlo; algunas aparentan reír; hay otras que comprimiéndose simulan una soberana indiferencia...

Madama Slavsky no se parecía a ninguno de ellos; seria y digna esperaba la sentencia del destino.

— ¡Negro, impar y pasa!, anunció el lúgubre croupier, y en seguida el reparto cayó en lluvia de oro sobre el tapete, en medio de la entrecortada respiración de los que ganaban y perdían.

La señora Slavsky vió llegar ante sí, al extremo de una raqueta, un puñado de billetes de Banco.

Había ganado y jugaba muy fuerte.

Boleslao lanzó un suspiro de satisfacción tan rumoroso que sus vecinos se volvieron a mirarle.

Bárbara levantó los ojos, le vió y se sonrió levemente y continuó jugando.

— ¡Soberbio!, dijo Ratier arrojando un luis sobre el número de su hermosa enemiga.

Los que habían perdido en la anterior jugada hicieron lo mismo y perdieron con él.

Madama Slavsky jugaba en otros seis números y embolsóse una ganancia modesta, pero segura.

Boleslao viendo que Bárbara ya no perdía apoderóse de la silla que acababa de abandonar un jugador afortunado y empezó a jugar también.

El coronel se puso a jugar, consagrándose a aquella operación en cuerpo y alma. Jugaba con precaución, avanzando poco a poco, y al mismo tiempo con una maestría que demostraba cuán familiares le eran las emociones de aquel sitio abominable.

Ratier estuvo admirablemente durante algún tiempo, luego, acordándose de que tenía que suavizarle una sorpresa desagradable a Remisof, salió de la sala de la ruleta, donde había ganado algunos luses jugando a ratos.

Al ir a traspasar el umbral encontróse con Remisof que entraba recién afeitado, elegante, gallardo, irresistible, a pesar de la mueca adusta de sus labios de la que no podía desprenderse.

Casi seguro de ser víctima de una grosería y viendo que ya era demasiado tarde para parlamentar, Ratier se hizo el inocente.

Volviendo sobre sus pasos entró en la sala de juego y designóle con una mirada a Madama Slavsky.

Los ojos de Remisof le contestaron claramente: «No le preguntó a usted por ella» y dió la vuelta a toda la sala sin encontrar al objeto amado como era natural. Entonces dirigiéndose directamente a Ratier le dijo al oído:

— ¿Dónde está Katia?

— No lo sé, respondió nuestro amigo.

— ¿Que no lo sabe usted?

— No, no lo sé. ¿Cómo quiere usted que lo sepa?, repuso Ratier con firmeza. ¿Se puede acaso hablar con su madre cuando juega? ¡Bonita acogida le haría a usted! ¡Pruébelo!

Remisof le miró de soslayo y emprendió una investigación meticulosa del Casino y de sus alrededores, ayudado por Ratier, contra el cual comenzaba a sentir una vaga desconfianza.

Cuando hubieron registrado todos los bosquecillos, recorrido todas las alamedas, inspeccionado todos los rincones, Remisof se detuvo ante la escalinata del Casino, mordiendo con aire furioso el puño de su bastón y lanzando a Ratier miradas terribles, como si quisiera pulverizarle.

— Me temo, insinuó delicadamente Ratier, me temo que no esté aquí.

— ¿Por qué me ha hecho usted venir entonces?, rugió Remisof.

— ¿Quién iba a prever semejante cosa?, replicó Ratier con el candor de una niña de corta edad. Ya ve usted que no le he engañado..., ahí está la madre.

Que la madre estaba allí era incontestable... Remisof no podía rebatir aquel argumento. Ratier aprovechó en el acto la ventaja que acababa de obtener.

— Lo más importante no es ganar el corazón de la hija sino el de la madre, dijo con refinada hipocresía. Gane usted el de la mamá y la victoria será suya.

Remisof no estaba dispuesto a ello de ninguna manera. Montó en cólera, recriminó agriamente a Ratier y amenazóle con volver a París inmediatamente.

— No se vaya usted ahora, dijo Ratier sin perder su serenidad ni por un momento. Váyase mañana temprano.

— ¿Por qué?

— Sí, mi excelente amigo, ya ve usted que no le

guardo rencor a pesar de todas las injurias de que acaba de hacerme objeto. No se irá usted hasta mañana. El tren no sale hasta entonces... Tiene usted que pernoctar aquí, a no ser que quiera usted irse a pie, en lo que no adelantaría mucho.

— Está bien, gruñó Remisof en tono amenazador, me voy a acostar ahora y mañana hablaremos.

— Mañana, no, dijo Ratier cogiéndole por un brazo en el momento en que le volvía la espalda, ahora mismo, si usted quiere.

Era tan firme y tan grave el tono de Ratier, que Remisof estremeciéndose; era como si una voz nueva resonase en sus oídos.

— ¡Me fastidia usted!, dijo con su habitual des-templanza.

— Y usted me divierte mucho, Remisof, y por eso no quiero aplazar hasta mañana el gusto de hablar con usted.

— ¿Qué quiere usted dar a entender con eso?, gruñó aquel oso mal domado. Se burla usted de mí abominablemente y aun pretende usted que yo lo soporte.

— Si no hubiese usted enseñado los dientes, señor *de* Remisof, me hubiese contentado con engañarle abominablemente, como usted dice, lo que es para mí una fuente de inextinguible alegría; pero se vuelve usted malo y veo que va a ser preciso enseñarle a vivir.

— ¡Se me figura que quiere usted reñir conmigo, dijo Remisof mirándole fijamente.

— Que sea yo el que lo busque o que sea usted, eso no importa al caso, pero sí vamos a reñir y de veras. Hace ya tiempo que estoy harto de usted. Sepa usted señor *de* Remisof que yo le he traído de París por abrigar la esperanza, que como usted ve se se ha realizado, de que ¡la señorita Slavsky no estaba aquí.

— ¿Lo confiesa usted?, preguntó Remisof exasperado ante la serenidad de su interlocutor.

— ¡Y me jacto de ello!, replicó Ratier con un gesto cómico, pues a pesar de la gravedad de la situación que podía terminar en un lance serio, Ratier no podía evitar el burlarse de Remisof. ¿No sabe usted por qué le he traído aquí? Para asegurar el reposo y la tranquilidad de esa pobre muchacha, a la cual ha tenido usted el valor de enamorar sin tener la intención de casarse con ella, sin respetar ni su candor ni su honradez.

— ¡Usted es el que animóme a ello!

— ¿Y no vió usted que me burlaba de su necedad?

— Sí, lo he visto hace poco.

— Para eso ha sido preciso traerle a usted aquí, amarrado por una pata y mire usted que hay distancia del hotel del Louvre a Saxón-les-Bains. No crea usted que sea muy divertido para mí el tener que remolcarlo...

— Tiene usted un gusto detestable. ¡Qué razón tiene la señora Slavsky!, dijo Remisof con rabia.

— ¿De veras? ¿Está usted de acuerdo con Madama Slavsky para hablar mal de mí y perder a una niña honrada y pura, que no sabe aún nada de la maldad de este mundo, y ése es uno de sus mayores méritos pues todos ustedes juntos han hecho todo lo posible para que la conociera?... Pues bien; yo le juro a usted por mi nombre que no continuará usted su obra... ¡Yo se lo prohibo!

Remisof encogióse de hombros. Ratier púsole pesadamente la diestra en el hombro derecho.

— ¡Se lo prohibo y no lo hará usted! Es usted un hombre honrado, ¿no es cierto?; usted no sería capaz de coger un billete de Banco de la cartera del coronel y, sin embargo, todos saben que en la cartera de Boleslao hay dinero de todo el mundo menos de él. Usted no recogería un luis de la calle o si lo hacía faltaría tiempo para devolvérselo a su dueño; avergonzarse de no dar una propina al que le presta un servicio y, sin embargo, quiere desacreditar a una joven honrada que ningún mal le ha hecho. ¿Le parece a usted que eso está bien?

Remisof estaba muy ofendido, pero no colérico y contestó con un gruñido sordo e indistinto.

— Sí, dijo Remisof desconcertado, como vi que todos sus casamientos se deshacían, presumí que...

— Presumió usted lo que no era verdad, afirmando después como si lo fuese... Sabe usted que era una calumnia y una calumnia contra un ser débil, incapaz de defenderse...

— Yo no quería hacerla ningún daño, protestó Remisof.

— ¿De veras? Tiene usted una manera muy rara de hacer bien a la gente. Pues bien; cuando yo vi eso, yo, que no soy nada ni nadie, resolví proteger a la inocencia. Este papel de Don Quijote me sienta muy bien y estoy decidido a desempeñarlo aunque tenga que acometer lanza en ristre contra el mundo entero. ¿Cuándo quiere usted que nos batamos?

— ¿Cree usted, Ratier, que es preciso que lleguemos a ese extremo?.. Usted ha puesto de relieve mi culpa ante mis ojos... Yo no había visto ese asunto desde el punto de vista que usted lo ve... Katia vive en un ambiente muy malo... Le gustan los caballos, las lujosas *toilettes*; ella misma no se recata de decirlo... Fué entonces cuando yo me imaginé... Pero ya vi mi error, cuando me preguntó que cuándo nos casáramos.

Ratier sintió como una puñalada en el corazón. Esperaba con angustia aquel momento provocado por él a costa de tantas dificultades.

— Sí, me lo preguntó con tanta franqueza, se leía tan claramente en sus ojos que sabía lo que iba yo a responderle... Vi en seguida que no era lo que yo me había imaginado... Me causó mucha pena, no en aquel momento, porque me cegaba la cólera, sino más tarde. No obstante, Ratier, si usted cree que debemos batirnos, estoy a sus órdenes.

— Ya no es preciso, repuso Ratier tras breve pausa. Confíese usted, Remisof, que a no habérselo impedido yo, iba usted a cometer una mala acción, indigna de un caballero. ¿No tengo acaso razón?

Remisof, confundido, bajó la cabeza. Ratier continuó diciendo:

— Usted tiene un corazón sensible, usted no puede ver que le peguen a un perro sin estremecerse de piedad e iba usted a causar la eterna desesperación de esa pobre muchacha.

Remisof empezó a parpadear.

«Si sigo le voy a hacer llorar», pensó Ratier.

— Quizás iba usted a ser causa de su muerte. Imagínese los remordimientos que hubiesen amargado toda su vida, al ver alzarse el espectro de la infortunada víctima de sus pasiones entre usted y su felicidad.

Este arranque de elocuencia no dejó de producir su efecto. Al pensar que hubiera podido hacerse tan desdichado, Remisof, que no se mostraba nunca indiferente ante su propio infortunio, se sintió vencer por la emoción.

— Ratier, dijo con voz trémula, ha hecho usted muy bien de apartarme de esa senda pernicioso... Crea usted que no volveré a hacerlo más.

— Le felicito a usted, dijo Ratier, devolviéndole su apretón de manos.

— ¿Y qué vamos a hacer aquí mientras llega la hora de nuestra partida?, preguntó Remisof ya sereno del todo.

— Vamos a ver jugar al coronel. Es un espectáculo cómico que nos indemniza del viaje. ¡Venga usted!

Boleslao jugaba reconcentrado en sí mismo con aire profundo y misterioso. No parecía estar ya hecho de algodón; había recobrado toda la elasticidad de su juventud, aunque desgraciadamente por muy breve tiempo.

Había puesto en juego su martingala y la desarrollaba hábilmente lejos del camino del honor y de la gloria, a pesar de haberle hecho perder ochocientos treinta y cinco francos y presentar todas las muestras de no defenderle los demás.

Ratier deslizóse tras él y por encima de la noble cabeza del coronel, arrojó, al azar, sobre el tapete, veinte francos. La pieza de oro fué a parar al número trece. Boleslao disponíase a levantar su puesta para unirle a la de Ratier cuando el croupier gritó:

— Ya está hecho el juego.

Salió el trece y Ratier ganó setecientos francos que guardó modestamente en su bolsillo y se fué a encargar la comida, pues ya era hora.

No había hecho más que instalarse en un cómodo saloncito, cuando vio llegar a Boleslao con las muestras de la más profunda desesperación.

— ¡Lo he perdido todo!, dijo el coronel, ¡todo!

— Sí que la hemos hecho buena, coronel. Más nos hubiese valido quedarnos en París.

— Pero usted ha ganado, amigo mío, repuso insidiosamente Boleslao. Présteme trescientos o cuatrocientos francos para seguir jugando.

— ¿Para que continúe usted su martingala?.. ¡De ninguna manera! ¡Ya estoy harto de su martingala... No se acuerde usted de ella por ahora y comamos... Ya hablaremos después. ¿Y la señora Slavsky?

— Creo que gana, dijo tristemente Boleslao. Al menos ella ha ganado.

Madama Slavsky sintiendo al fin la necesidad de reparar sus fuerzas, guiada por su buen olfato, entró en el comedor, donde acababan de servir la sopa.

Que había ganado, se notaba en el estremecimiento de sus labios, pero siempre prudente guardóse muy bien de confesarlo.

— Lo más que hago es defenderme, dijo modestamente.

La aparición de Remisof no pareció sorprenderla, como tampoco manifestó asombro alguno al ver al coronel allí. Saxón es un sitio extraño, donde no

existen las conveniencias sociales más que hasta cierto punto.

La comida dejaba mucho que desear; la cocina en Saxón es como todo lo demás, algo brumoso e impreciso, de lo que los viajeros no conservan ningún recuerdo. Grande fué, pues, el asombro de los camareros cuando Ratier, dándoles el plato de sopa, les dijo:

— Esta sopa tiene ocho días.

Que el caldo estaba agrio era una cosa incontestable; pero de tiempo inmemorial se lo servían a los viajeros, sin que nadie se hubiese quejado.

— Rodaballo con salsa holandesa, dijo el camarero poniendo sobre la mesa una cosa blancuzca rodeada de perejil.

— Lévese usted eso, dijo majestuosamente Ratier después de haber olido el humo que despedía el rodaballo.

El mozo se llevó el pescado y Remisof pensó con sentimiento que si toda la comida era por el estilo, pronto iba a perder la fuerzas, pues teniendo una gran confianza en el aparato olfativo de Ratier no quiso intentar por sí ningún ensayo.

El camarero trajo después un pollo asado.

— ¡Un pollo, señores, un verdadero pollo! Y les ruego que se fijen que no es de cartón como los de la Opera Cómica, exclamó Ratier aparatosamente.

Y diciendo esto empezó a despedazar al inocente animal, repartiéndoselo a sus compañeros de infortunio. Madama Slavsky, absorta en sus pensamientos aceptó maquinalmente las dos alas y las dos pechugas que Ratier puso en su plato, y cuando Remisof iba a protestar indignado contra la injusticia de aquel reparto, el coronel, que no había desplegado los labios hasta entonces, exclamó:

— ¡La inspiración, siento la inspiración!

Al oírle decir esto todos le miraron sorprendidos.

— Siento la inspiración, querido Ratier, présteme usted cien francos; se los devolveré muy pronto, présteme usted cien francos, se lo ruego. Presiento que voy a ganar.

Boleslao se puso de pie con la frente profética y la inspiración en los ojos. Ratier tuvo la crueldad de decirle:

— Siéntese usted, coronel, y pruebe de devorar este infortunado volátil.

— No, repuso el coronel, présteme usted cien francos... pronto, que el momento va a pasar.

— No los tengo, mi querido y venerable Boleslao.

— ¿No acaba usted de ganar?

— Es el dinero del viaje. ¿Me toma usted por un capitalista? ¿O quiere usted que le deje abandonado?

— ¡Déme usted veinte francos, Ratier, bienhechor mío!, ¡veinte francos nada más!

Ratier acabó por dejarse sobornar y sacó de su bolsillo una flamante pieza de oro que entregó al coronel.

— ¿La quiere usted?, dijo riéndose.

Boleslao iba a apoderarse de ella, cuando Madama Slavsky interpuso su mano entre las de los dos.

— ¡A ver, un cuchillo! Hay que marcarla antes con un cuchillo. Las piezas marcadas ganan siempre y si es así podremos guardarla después como un amuleto.

La señora Slavsky hizo una pequeña incisión en el canto de la moneda y se la entregó a Boleslao que escapó corriendo con una vivacidad extraordinaria.

— ¡Qué hombre!, exclamó Ratier siguiéndole con la vista hasta el fondo del corredor. Yo siempre he dicho que el coronel era el hombre más extraordinario de la época. Vamos a comernos su ración, ¿no es eso, Remisof?

Este no descaba otra cosa. Madama Slavsky había devorado todo cuanto le habían puesto por delante y en su candor se asombraba de que no quedase nada en el plato.

Ratier llamó:

— ¡Camarero, otro pollo!, dijo.

Como no llegaba el pollo, Ratier se propuso divertirse a sus compañeros para que no les fuese tan penosa la espera.

— Supongamos que nos encontrásemos en la balza de la Medusa; tendríamos más hambre ¿no es cierto? No nos quedaría más recurso que comernos al coronel.

La señora Slavsky lanzó un grito de horror, y en el mismo momento aparecieron el pollo por una puerta y Boleslao por la otra.

— ¡He ganado!, gritó con voz tan vibrante que parecía un timbre. No me ha engañado la inspiración. ¡En tres veces!

Acercóse a Ratier y presentóle delicadamente la pieza de oro marcada entre las yemas de los dedos.

La señora Slavsky alargó el brazo.

— Démela usted, Ratier, dijo Bárbara, me dará la suerte.

— Tengo mucho gusto en ofrecérsela a usted, dijo Ratier con la más exquisita urbanidad.

Boleslao se sentó y sacó del bolsillo de su paletó varios puñados de oro con los que llenó el plato.

— Empecé por ganar seis veces mi puesta, dijo, después doce, después dieciocho, y como últimamente puse doscientos francos esto me produjo una ganancia redonda. Después de comer seguiremos jugando. A ver ese pollo.

— A su disposición, coronel, dijo Ratier presentándole la víctima.

— ¡Champagne!, dijo el coronel, ¡hay que beber champagne!

El camarero les trajo un extraño brevaque bautizado con un nombre pomposo, que nuestros amigos apuraron con el mayor desagrado.

— Y ahora vuelta a jugar, dijo Boleslao rejuvenecido en unos veinte años. ¿No juega usted, Remisof?

— Está usted haciendo que me entren ganas, contestó aquél, que no había podido contemplar sin envidia la rápida ganancia de Boleslao.

— ¿Ha jugado usted alguna vez?

— ¡Nunca!

— ¡Qué suerte!, exclamó Bárbara, juegue usted y ganará; es indudable.

— ¿Lo cree usted así?

— Eso no falla jamás. ¿Quiere usted jugar por mí?

Remisof vacilaba; si jugaba en nombre de su bella vecina era algo así como renunciar a su propia fortuna. Por otra parte ¿cómo iba a negarse al ruego de una dama?

— No, gracias. Prefiero jugar por mí mismo.

La señora Slavsky le echó una mirada colérica, de la que él no hizo caso, pues el alma de Remisof estaba muy por encima de toda esa clase de preocupaciones.

Nuestros amigos dirigiéronse a la sala de juego.

— ¡Qué feo es esto!, dijo Remisof con un aire de disgusto.

— Es que aquí no vienen más que los jugadores empedernidos; por eso es tan feo. Mire usted a la hermosa Bárbara con el entrecejo fruncido y los labios apretados... ¿Verdad que no le parece a usted tan bella como de costumbre? ¿Pues y el coronel? ¿No tiene el aire de una momia antigua, exhumada de su tumba por un coleccionista indiscreto? Son víctimas del demonio fatal del juego, continuó el orador lanzando terribles miradas a Remisof, y aquellos a quienes echa la zarpa no escapan ya nunca más de sus garras. Vaya usted a jugar, excelente amigo mío, y se pondrá usted tan feo como éstos; pero eso resulta a la larga; por una vez no tiene importancia alguna.

Remisof, indeciso, no sabiendo qué hacer, se dejó conducir por Ratier al extremo de una mesa.

— ¿Cómo se juega?, preguntó tímidamente avergonzado de su ignorancia.

— ¡Mire usted!, repuso Ratier arrojando una moneda de veinte francos sobre la línea que separaba dos números.

Antes que Remisof hubiese tenido tiempo de saber cómo la cosa se había operado, el croupier empujó hacia su amigo con el rastrillo un montoncito de oro.

Ratier lo tomó tranquilamente y se lo guardó en el bolsillo sin contarle.

— ¡Cómo!, dijo Remisof estupefacto.

— He ganado. Vamos, juegue usted, joven neófito.

Electrizado, aunque aturdido aún, Remisof puso diez francos sobre un número. Oyóse el chirrido enervante de la ruleta y Remisof, cada vez más atónito, vio cómo desaparecía su dinero.

— ¿Dónde ha ido a parar mi dinero?, dijo en un tono de descontento que hizo reír a sus vecinos.

— ¿Dónde están las rosas de antaño?, le cantaseó Ratier al oírlo entre los «¡Chist!» indignados del concurso.

Remisof vacilaba. Ratier le dió el ejemplo poniendo una pieza de diez francos en cruz sobre cuatro números. Su alumno hizo lo mismo que él en el mismo sitio.

Comenzó entonces la ansiosa espera y esta vez Remisof tuvo ocasión de apreciar sus angustias, pues iba ya aprendiendo algo. El croupier pronunció las palabras sacramentales, y nuestros dos amigos vieron llegar ante sí, separados por el vigilante rastrillo, dos montoncitos de dinero.

— Hace poco le han dado a usted mucho más, dijo Remisof a Ratier creyéndose robado.

— Sí, pero es que había jugado sólo sobre dos números. Haga usted lo mismo.

Remisof jugó sobre dos números y perdió.

— Juegue usted conmigo, dijo a Ratier. Así es cómo gano.

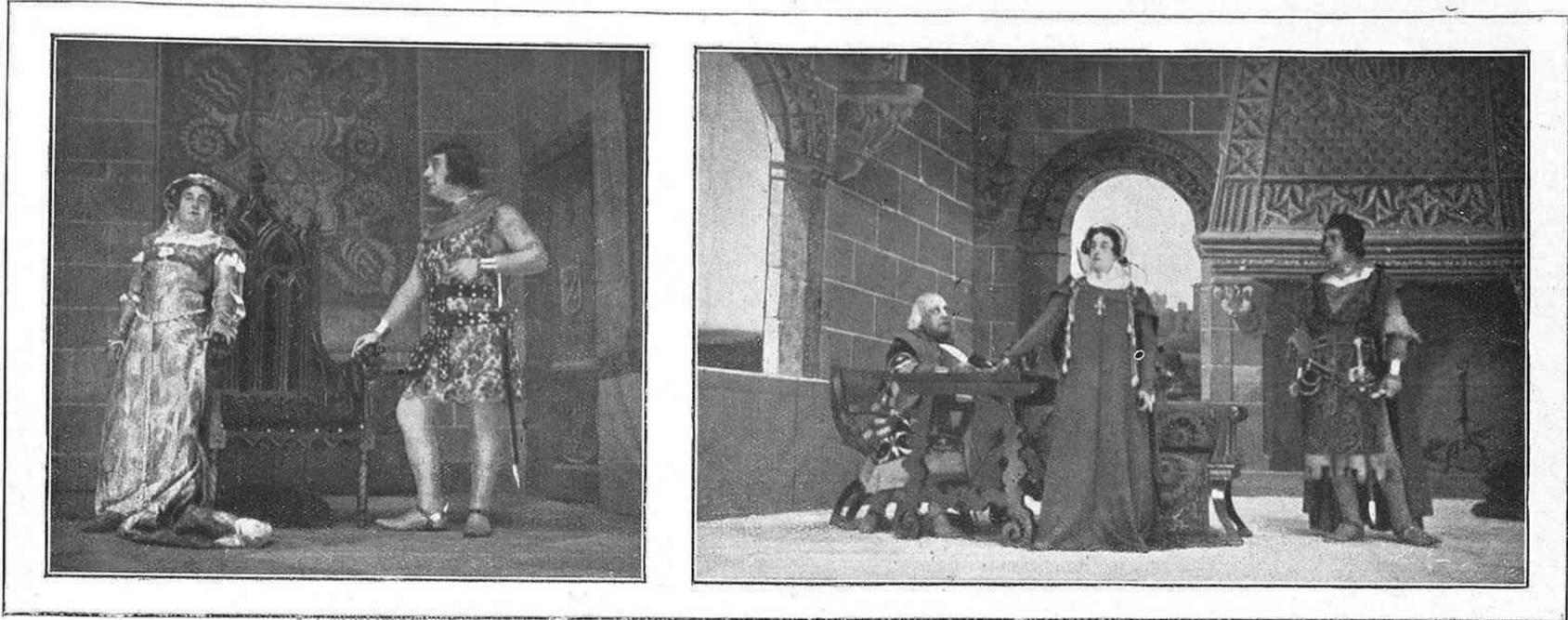
Ratier le miró asombrado.

(Se continuará.)

MADRID. — NOVEDADES TEATRALES
UNA «CHARLA» EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

samientos de suprema belleza. Entre las escenas culminantes por su sentimiento y su poesía merecen ser especialmente citadas la del acto primero entre

reno y el Sr. Gatuellas representaron muy acertadamente el entremés *Clavito*, habiendo conseguido muchos aplausos.



Madrid. — «Las flores de Aragón», drama histórico en cuatro actos y en verso de Eduardo Marquina, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Princesa. La señora Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. — El Sr. Cirera, la señora Guerrero y el Sr. Codina

La compañía que dirigen los eminentes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza ha inaugurado la temporada actual del Teatro de la Princesa con el estreno de un drama histórico en cuatro actos y en verso, original del ilustre poeta Eduardo Marquina y titulado *Las flores de Aragón*.

El autor ha evocado en esta obra los amores del infante D. Fernando de Aragón y de la princesa Doña Isabel de Castilla, bajo cuyo matrimonio se

Isabel y Fernando, el mensaje de éste en el segundo y el hermoso coloquio entre la reina Doña María y su hija. El acto del mesón, de gracioso movimiento escénico, recuerda otros actos parecidos del teatro clásico.

Las flores de Aragón han sido interpretadas admirablemente por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que supieron dar todo su relieve a las dos principales figuras del drama y toda su expresión a los inspirados versos de Marquina. Secundáronlos perfectamente las señoras Cancio y Salvador y la señorita Ladrón de Guevara, y los Sres. Thuillier, Codina y Cirera.

La presentación escénica debe calificarse de mejorable por su riqueza y propiedad.

Marquina y los intérpretes de su obra han sido objeto de grandes ovaciones.

La sección de Literatura del Círculo de Bellas Artes, que preside el ilustre dramaturgo D. Manuel Linares Rivas, ha organizado una serie de «charlas» encomendadas a los escritores más celebrados.

La «charla» inaugural corrió a cargo del propio Sr. Linares Rivas, quien dió una conferencia ameni-

En el Teatro de la Comedia se ha estrenado con gran éxito una bellísima comedia en tres actos, *El buen español*, original de D. Antonio Domínguez, que ya en *La buena voluntad* se reveló como excelente dramaturgo y finísimo observador de las costumbres sociales.

El autor ha querido fustigar con fina sátira y sano humorismo uno de los defectos principales, acaso el capital, de la raza española: la inconsistencia, la volubilidad, la rápida sucesión de entusiasmos y decepciones, el afán de conocerlo y de intentarlo todo, sin perseverar ni ahondar en nada, con lo que todos los esfuerzos suelen malograrse, resultando de ello que el que pudo hacer bien una cosa y prosperar en ella, hace mal muchas y en ellas fracasa.

El protagonista de *El buen español* es el símbolo de este modo de ser: de estudiante, se preparó para varias carreras, decidiéndose al fin por la abogacía; goza de buena reputación profesional, tiene un bufete acreditado y se dispone a casarse con la hija de un magistrado. Cuando está a punto de realizar lo que constituye su ventura, los consejos de un amigo le inducen a escribir para el teatro y apenas logrados en éste los primeros éxitos, se engolfa en la política,



Madrid. — Inauguración de las «Charlas» en el Círculo de Bellas Artes. El eminente dramaturgo Sr. Linares Rivas y los actores que tomaron parte en la velada.

logró más tarde la unidad nacional y se realizó la conquista de América. La simpatía que desde los primeros momentos unió los corazones de Isabel y Fernando se sobrepuso a la razón de Estado y a las maquinaciones de los partidarios de la candidatura del Rey de Portugal, favorecida por los auxiliares del hermano de la princesa, el rey Enrique IV de Castilla.

Comienza el drama de Marquina con la presentación de D. Fernando en un torneo de Ocaña, al que acude sin darse a conocer y en el que vence a los más decididos campeones, conquistándose desde aquel momento el afecto de Isabel, y termina con el casamiento del infante y de la princesa en Valladolid. Entre estos dos sucesos y al través de las turbulencias e intrigas que caracterizaron aquel período de nuestra historia ha desarrollado el autor una acción interesante, en la cual la fantasía del poeta se enlaza con los episodios históricos, ofreciendo al público una serie de cuadros artísticamente compuestos y con todo el carácter de la época.

La versificación de la obra es fácil, galana, flúida, exenta de conceptismos y abundante en frases y pen-

sin que por su falta de fijeza logre llegar a la codiciada meta en ninguno de los caminos emprendidos.

La comedia ha sido muy bien acogida por el público, quien ha aplaudido con entusiasmo al autor y a los intérpretes de su obra, entre los cuales se distinguen la señorita Pérez de Vargas y el Sr. Bonafé, muy bien secundados por la señora Alba y la señorita Carbone, y por los Sres. González, Zorrilla, Rómea, Asquerino, Caba, Moreno y Riquelme.

El Sr. Linares Rivas alcanzó un éxito completo. Antes de la conferencia, la señorita Teodora Mo-



Madrid. — Una escena de *El buen español*, comedia en tres actos de Antonio Domínguez, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Comedia. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

sin que por su falta de fijeza logre llegar a la codiciada meta en ninguno de los caminos emprendidos.

La comedia ha sido muy bien acogida por el público, quien ha aplaudido con entusiasmo al autor y a los intérpretes de su obra, entre los cuales se distinguen la señorita Pérez de Vargas y el Sr. Bonafé, muy bien secundados por la señora Alba y la señorita Carbone, y por los Sres. González, Zorrilla, Rómea, Asquerino, Caba, Moreno y Riquelme.

LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA. (Fotografía de Argus.)



En la Prusia oriental. - Habitantes de la población de Ortelsburgo que regresan a sus hogares destruidos por el bombardeo de los rusos

El espectáculo que la adjunta fotografía reproduce se ha repetido infinitas veces en todas las guerras y singularmente en la que actualmente ensangrienta la mayor parte del territorio europeo y en la que tantas naciones toman parte.

La saña con que los beligerantes luchan alcanza proporciones verdaderamente terribles, y las máquinas de guerra que la ciencia y la industria modernas han puesto en manos de los combatientes son de una potencia destructora formidable. No es, pues, de extrañar que la conjunción de ambos elementos determine espantosas hecatombes en los campos de batalla y horribles estragos en las poblaciones asediadas o simplemente atacadas durante un combate; que los muertos y heridos se cuenten en estos momentos ya por centenares de miles; y que sean en número incontable las ciudades y los pueblos destruidos total o parcialmente.

Y no sucede esto en un solo país; sucede en todos aquellos en donde la lucha se desarrolla; y si en Bélgica y en Francia, son los alemanes los que reducen a escombros las aldeas y las ciudades, en la Prusia oriental y en Galizia son los rusos los que las convierten en ruinas.

Los habitantes, ante la proximidad del enemigo, huyen en triste y alocado éxodo, abandonando sus hogares y procurando tan sólo poner en salvo sus vidas. Y si los azares de la lucha les permiten regresar a ellos, por haber tenido que emprender a su vez la huida los ejércitos contrarios, el espectáculo que ante sus ojos se ofrece no puede ser más desconsolador.

La desolación y la ruina reinan en todas partes; los proyectiles del enemigo han derruido la población. Templos, monumentos, grandes edificios, modestas viviendas, todo ha sido por igual arrasado.

Y aquellas pobres gentes, en presencia de tan inmenso desastre, sienten acudir a sus ojos el llanto y avivarse en su alma el odio hacia los causantes de tales horrores, unidos todos en el mismo dolor y en la misma ira y hermanados en la común desgracia.

Terminará la guerra, pero el recuerdo de sus tristezas se transmitirá a las generaciones venideras en las ruinas que subsistirán para oprobio de los que han encendido la lucha más espantosa que los anales de la humanidad habrán registrado.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el **HIERRO QUEVENNE**.
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA
ESCRIFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR
POLVOS
CREMA

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA

ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOËE. DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN